

## La iglesia altomedieval de la Asunción en San Vicente del Valle (Burgos): historiografía, estratigrafía e interpretación

### *The early medieval church of La Asunción in San Vicente del Valle (Burgos): historiography, stratigraphy and interpretation*

Fernando Arce Sainz\*  
Centro de Ciencias Humanas y Sociales. CSIC. Madrid

#### Resumen

Se presentan los resultados de la lectura estratigráfica de la iglesia de la Asunción (San Vicente del Valle, Burgos), en la que se descubren dos intervenciones arquitectónicas relevantes prerrománicas (la construcción de un primer edificio y su transformación en un momento posterior). El edificio es interpretado como parte de una familia arquitectónica coherente, técnica e históricamente, cuyos diferentes miembros pueden y deben compartir información entre ellos en aras de una comprensión sistémica de la producción arquitectónica que ayude a avanzar en el actual contexto historiográfico, dominado por una discusión constante sobre las cronologías de estos edificios.

*Palabras clave:* indefinición cronológica, debate historiográfico, estratigrafía, familia arquitectónica.

#### Abstract

The results of the archaeological building record of the church of La Asunción (San Vicente del Valle, Burgos) are here exposed. Two relevant Pre-Romanesque building phases have been found out: a first church and its later transformation. La Asunción is interpreted within a coherent architectural group, both technically and historically, whose different members may and have to share information in order to obtain a systematic understanding of architectural production and thus to advance within the current historiographical context, this one dominated by a constant discussion about the chronologies of these buildings.

*Keywords:* Chronological undefinition, historiographical debate, stratigraphy, architectural group.

#### UN AGRADECIMIENTO

La actual iglesia de la Asunción (históricamente también conocida como Santa María), sita en la localidad burgalesa de San Vicente del Valle, estuvo cerca de ser el enésimo edificio en desaparecer por el sumidero de la Historia antes de tener oportunidad de contar la suya. En el año 1985 se declaró un incendio que destruyó la cubierta de madera del aula. Tras el desastre, el auxilio no llegó de forma inmediata y el edificio entró en una irremisible fase de ruina. En poco tiempo los pandeos de los muros del aula, provocados por la pérdida de la cubierta devorada por el fuego, hicieron que buena parte del alzado norte se viniera abajo. El edificio empezaba a irse por el desagüe y no parecía que las administraciones e instituciones implicadas (Junta de Castilla y León y Obispado) se apresuraran a poner el tapón. Sin embargo, pocos años más tarde, la iglesia fue salvada de su más que probable expiración y consiguiente olvido. El por qué este edificio fue rescatado se debe en gran medida al compromiso y tesón de Daniel Gómez Martínez, el entonces párroco de San Vicente del Valle. Persona interesada por la arquitectura histórica y buen observador supo reconocer el valor histórico y patrimonial de su semiarruinada parroquia. Como consecuencia de los efectos de las llamas quedaron al descubierto ciertos elementos que llevaban siglos ocultos y que llamaron su atención. La armadura de madera arrastró en su caída a unas falsas bóvedas renacentistas dejando a la vista las ventanas altas del aula, que cuentan con una muy interesante colección de capiteles. El desprendimiento de enfoscados y revocos de los muros sacó a la luz la reutilización de piezas romanas (decorativas y epigráficas) como materiales constructivos de la primitiva iglesia. Ante los nuevos hallazgos buscó Don Daniel despertar el interés de los especialistas para que se acercaran a estudiar y conocer de primera mano el edificio. Así lo hace por ejemplo José Antonio Abásolo, quien acude avisado por el párroco para observar las inscripciones aparecidas.

Al mismo tiempo también llama a la puerta de la administración para informar y alertar de la situación de acelerado deterioro del inmueble. En definitiva, la salvación de la iglesia difícilmente hubiera sido posible sin la acción de Daniel Gómez. Luego vendría la administración, a la que no se le puede hurtar el mérito de financiar las obras que recuperaron el edificio, la restauración de piezas singulares y las exploraciones arqueológicas, pero que debe asumir que el trabajo no ha terminado tras la foto oficial<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> A la administración apelamos para informar de un proceso de deterioro en marcha como consecuencia de la filtración de agua atmosférica (lluvia) desde el tejado del ábside hasta el interior de sus muros. El problema se hace visible con la

Por ello se rinde aquí tributo en forma de agradecimiento a Daniel Gómez Martínez, por haber luchado sin esperar nada a cambio para que este bien histórico pudiera ser rescatado y estudiado.

## HISTORIOGRAFÍA

El primer estudio dedicado a esta iglesia es obra de Luciano Huidobro y Serna (1930-33). Huidobro tiene noticia del edificio, antes de conocerlo personalmente, por la información que le suministra Gonzalo Miguel, un fotógrafo especializado en arte amigo suyo y habitual compañero de aquellas excursiones, llamemos eruditas, que en las primeras décadas del siglo XX se convirtieron en una suerte de safaris histórico/artísticos que dieron lugar a no pocos descubrimientos divulgados en los Boletines de las distintas asociaciones de excursionistas. Lo que despierta el interés de Huidobro es la noticia que le da Miguel sobre la existencia de dos capiteles de «tradición visigótica» reutilizados en la moderna espadaña de la iglesia.

Cuando Huidobro visita la iglesia va buscando, en primer lugar, los susodichos capiteles pero encuentra allí otras cosas que le llevan a anunciar el descubrimiento de un importante edificio altomedieval. Al final, el tema de los capiteles se convierte en algo secundario y lo despacha rápidamente. Se trata de piezas reutilizadas en una moderna espadaña (siglo XVII) y por tanto nada se sabe de la arquitectura de la que proceden. Le sirven no obstante a Huidobro como pruebas de que por allí cerca existió un edificio visigodo. Su atención se centró en la iglesia propiamente dicha. Al explorar la fábrica, con el aspecto de palimpsesto arquitectónico propio de los edificios con un recorrido histórico multiseccular, encuentra argumentos para defender la presencia de una iglesia prerrománica construida y decorada. Aula y ábside, desde los cimientos hasta los tejados, pertenecen en su opinión a un momento fundacional altomedieval. Encuentra sus argumentos en el aparejo de los muros del aula, en la forma y decoración de las ventanas altas geminadas y en el trazado recto del testero. Dice de los muros del aula: «... está construido... con sillería caliza, dura y compacta, de buenas dimensiones, que caracteriza a las construcciones condales» (1930-33: 361). Sin duda tiene en la cabeza a Quintanilla de las Viñas, de la que Huidobro era buen conocedor y a la que prestó especial interés en otros trabajos (1927-28). Las

proliferación de moho en toda la superficie interna, lo que ha desencadenado una acelerada degradación de las pinturas murales. El problema de permeabilización, de no ser atajado, seguirá afectando a las pinturas pero también a la consistencia, cohesión y resistencia mecánica de los materiales que conforman la estructura.



Fig. 1. Vista general de la iglesia de la Asunción, San Vicente del Valle (Burgos), desde el NE

ventanas geminadas, por su parte, le evocan los llamados ajimeces de algunos edificios asturianos (Berdiñana y Valdedios). El capitel de la única ventana que pudo ver en ese momento, a pesar de su deterioro, «está adornado con molduras que recuerdan los motivos arábigos, corrientes» (1930-33: 361). El ábside, pese a estar construido con un aparejo distinto al del aula (muro de lajas con encadenados de sillería en las esquinas frente a los bloques pétreos en todo el alzado de la nave), es tenido como fábrica primigenia y por tanto sincrónica. Cree no obstante que la cúpula es moderna, semejante a las bóvedas de tabique de ladrillo del aula. Lo que más le llama la atención es la cornisa, que recuerda entablamentos clásicos, detalle «que se separa completamente de lo mozárabe deberá relacionarse con los capiteles visigóticos conservados en la torre-espadaña» (1930-33: 363). Sin embargo, esta relación de la que habla no se traduce en la propuesta de una fase visigoda en el edificio o de la presencia allí mismo de un antiguo edificio amortizado con la obra altomedieval.

Huidobro, en definitiva, presenta la iglesia de la Asunción como el edificio «más completo y característico



en la provincia del arte condal» (1930-33: 365). A nadie se le escapa el interés de este estudioso por la época del Condado de Castilla y la figura de Fernán González. Desarrolla un discurso de corte nacionalista castellano que proyecta en este periodo la idea de una Castilla fundacional en pie de igualdad histórica con otros poderes coetáneos como los reyes asturleonese y los navarros/riojanos. La Castilla condal no sólo era un ámbito geopolítico «independiente» sino que también representa la forja de la idiosincrasia castellana: «pero según se observa en todo lo burgalés de su tiempo [se refiere a la dimensión artística de la iglesia] carece de unidad de composición y de escuela como corresponde a un país sujeto a muchas influencias, donde la independencia nativa lucha unas veces bajo la dirección oficial conquistadora y el impulso asturiano y otras se veía abandonada a su suerte, lo que determinó junto con el fermento cantábrico y un tanto vasco que llevaba nuestra raza, la formación del Condado independiente» (1930-33: 365). El reconocimiento de una producción monumental relevante apuntala la imagen de esa Castilla pujante y dinámica capaz de rivalizar con cualquiera de sus vecinos, llegando a crear un arte endémico, condal, que no es asturiano ni mozárabe. La Asunción se erige así en otro ejemplo de esa arquitectura condal cuyo primer y más relevante testimonio es Quintanilla de Viñas, pocos años antes divulgada (Orueta, 1928 y 1929).

De lo que no hay duda y es mérito de Huidobro es que, en la iglesia de la Asunción, se conservan sin paliativos partes importantes de una fábrica o fábricas prerrománicas al margen de las discusiones cronológicas sobre su momento fundacional. Causa extrañeza entonces que una edificación tan bien conservada, que brindaba la ocasión para hacer más exploraciones y concitar el interés de los especialistas, no recibiera durante décadas atención. Cuando, por ejemplo, Gómez-Moreno rebate la cronología condal de Quintanilla (1966) reivindicando una fecha visigoda a partir, fundamentalmente, del ejemplo de San Pedro de la Nave necesariamente tenía que conocer aunque sólo fuera literariamente la existencia de la Asunción, otro edificio supuestamente condal, como defendía Huidobro, con el que tiene evidentes vinculaciones. Sin embargo esta última no aparece por ningún lado en la discusión. No creemos que el ostracismo historiográfico de la iglesia sea debido a la inexplicable indiferencia mostrada en su momento por Gómez-Moreno. El artículo de Huidobro era conocido desde 1933 y el edificio no se había caído, al menos hasta los años 80, por lo que cualquiera podía haber vuelto por allí. Lo cierto es que durante más de cincuenta años la Asunción no volvió a asomarse por la historiografía.



Fig. 2. Vista del muro Sur del ábside

Es a partir de su parcial ruina y posterior recuperación cuando el edificio recibe cierta atención, apareciendo artículos desde diferentes enfoques disciplinares: arqueología de subsuelo, epigrafía, decoración, arqueología de la arquitectura, restauración. Un edificio prácticamente inexplorado, con un potencial informativo que se demostró cierto, saltó a la palestra del escrutinio científico en un contexto historiográfico diferente al de 1933. En las últimas décadas del siglo XX el modelo visigotista y continuista alcanza una implantación mayoritaria en los círculos científicos, docentes y divulgativos en detrimento del modelo rupturista y mozarabista de Gómez-Moreno. No obstante, pese al clima de aparente consenso, a mediados de la década de los 90 empezó a tomar forma lo que sería un modelo explicativo alternativo, otra vez, de corte mozarabista y rupturista. En la nueva propuesta la reubicación cronológica de ciertos edificios altera sensiblemente la comprensión histórico/cultural de la producción arquitectónica y decorativa entre los siglos VI y X. Así, ciertas



Fig. 3. Embocadura del ábside

características tecnológicas y estéticas tenidas como definitorias del ciclo productivo visigodo pasan a ser vistas como propias de ciclos productivos postvisigodos. Este trasfondo historiográfico se hace evidente en el caso que nos ocupa.

José Ángel Aparicio fue el arqueólogo encargado de realizar una serie de catas en la iglesia con motivo de las obras de restauración. Los resultados, de forma diligente, fueron publicados en poco tiempo, aportando mucha información y ofreciendo la primera interpretación de la historia constructiva del edificio (Aparicio, 1995; Aparicio y de la Fuente, 1996). A partir del registro arqueológico así como de la observación de las partes aéreas de la fábrica Aparicio ofrece una secuencia con cuatro fases prerrománicas. La primera está representada por un edificio de sillería que no le queda claro si contaba, en origen, con el ábside aparecido en la excavación, amortizado por el actual. De gran interés para esta fase es una tumba destacada, en lo material y en lo simbólico, ubicada a los pies de la iglesia a eje con el ábside. Un enterramiento privilegiado que

remite a un sujeto histórico concreto, aunque sin nombre, que seguramente fue el promotor o fundador del edificio que le sirve de panteón. La segunda fase no tiene sus evidencias en el subsuelo sino en los muros del aula. Se trata de un recrecido de la nave en el que se abren cinco ventanas geminadas con unos maineles que incluían capiteles y cimacios decorados. La tercera fase es una actuación de orden menor en lo constructivo que se plasmó en la apertura, cortando el muro original, de dos ventanas en el testero oriental del aula. La cuarta y última sí tiene un fuerte impacto en el edificio. Se tira el ábside primitivo (documentado en la excavación) siendo sustituido por otro de mayor tamaño, levantado con muros de lajas con encadenados de sillares en las esquinas. El espacio interior se cubre con una cúpula sobre pechinas en piedra toba. A esta fase también pertenece el pórtico meridional, erigido con la misma técnica constructiva que el ábside.

A la hora de proponer cronologías para los diferentes momentos histórico-constructivos Aparicio emplea diversos argumentos: tipológicos, estilísticos, de autoridad. Para el edificio fundacional, representado por el aula de sillería desde los cimientos hasta el recrecido de las ventanas, un hallazgo cerámico y el marco de referencia dominante le invitan a reconocer un edificio de época visigoda. Ciertamente, este tipo de fábrica de sillería (calidad en labra y corte, hiladas tendentes a la horizontalidad aunque no falte el recurso de los codos, reutilización de materiales romanos, abovedamientos) encuentra buen acomodo junto a otros edificios tradicionalmente dados como visigodos: La Nave, Quintanilla, Bande, etc. El argumento cerámico para defender la tardoantigüedad de la fábrica vino dado por el hallazgo en excavación de dos fragmentos de TSHT, forma Rigoir 18, que se fecha hacia finales del siglo VI. Ambos trozos, de un mismo cacharro, aparecieron en el revuelto de la violación de una tumba infantil que, a su vez, se había hecho a costa de reutilizar la tumba monumental de los pies de la iglesia. Habida cuenta de las condiciones del contexto arqueológico donde aparecen las piezas, Aparicio reconoce de forma honesta que «el supuesto está prendido con alfileres, y no les faltará razón a las críticas que así lo estimen» (1996: 162). En definitiva, Aparicio llega a proponer una fecha llamativamente antigua para la primera fase del edificio, el siglo VI, si tenemos en cuenta que los edificios antes mencionados se levantaron cien años más tarde según la opinión generalizada. La precocidad de la fecha tal vez tenga que ver con lo que pasa a la hora de proponer la cronología de la siguiente fase. En este caso el marcador cronológico es de carácter estilísti-





Fig. 4. Interior hacia los pies

co. Los capiteles de las ventanas son objetos con posibilidades informativas a la hora de hacer comparaciones con otras producciones en busca de paralelos. Así lo hace Aparicio, encontrando razonables parecidos con algunas piezas del sur de Francia que se mueven, según algunos especialistas galos, entre los siglos V y VII. Todo esto estaba muy bien pero planteaba un problema. El digamos edificio primitivo, por sí solo, podía perfectamente ser fechado en siglo VII avanzado como el resto de las iglesias con las que tendría relación tipológica. El problema viene dado por el recrecido (fase segunda de Aparicio), cuyos capiteles son también para él del siglo VII. Esto parece provocar que la fase primera tomara una sustancial distancia cronológica respecto a la segunda hasta terminar en el siglo VI ante el absoluto convencimiento de Aparicio respecto a la fecha, también visigoda, de los capiteles, lo que hacía que nunca se contemplara la posibilidad, como otra opción, de que la fase segunda se moviese hacia delante haciéndose postvisigoda. La cuarta fase prerrománica (en la tercera no encuentra indicios tipológicos claros para proponer una fecha más allá de su relación de anterioridad respecto a la construcción del nuevo ábside), es vista como una fábrica altomedieval (siglos IX-X) en virtud del tipo de cúpula que cubre al ábside, aunque sin olvidar el aparejo de tipo «asturiano» de los muros. Asume para esta fase de la Asunción una cronología altomedieval a partir de las opiniones de Luis Caballero respecto a un grupo de iglesias que tienen precisamente en común las bóvedas sobre pechinas cubriendo los ábsides (Caballero, 1994). Dichas iglesias, según Caballero, pertenecerían a un hori-

zonte cronológico similar en todos los casos conocidos (siglos IX y X), sin que se pueda hablar de precedentes visigodos.

Al final, la historia del edificio que traza Aparicio encaja en la comprensión de tipo albornociano consustancial al modelo visigotista. El esquema Población-Despoblación-Repoblación tiene en el continuismo un trasunto artístico representado por un conjunto de edificios relevantes levantados en época visigoda que, tras la conquista musulmana, son abandonados, permaneciendo inermes hasta que, a partir del siglo IX avanzado, vuelven a la vida gracias a la acción de los agentes repobladores. Bien es cierto que Aparicio no hace ninguna alusión a esta circunstancia ni proclama la defensa de este modelo histórico a partir del estudio de la iglesia.

Vemos no obstante cómo Aparicio se hace eco del incipiente debate que estaba empezando a provocar Luis Caballero con sus dudas respecto al modelo tradicional (Caballero 1994-95). Aunque la propuesta de Aparicio sobre la historia de la iglesia lo que quiere reafirmar es la lectura visigotista en contra del modelo de Caballero, no duda en apoyar parte de sus conclusiones cronológicas (la fecha de la fase 4) a partir del marco de referencia con el que se está en desacuerdo. La entrada de la iglesia de San Vicente del Valle en el circuito investigador es coincidente en el tiempo con las objeciones hechas por Caballero al modelo visigotista ante su incapacidad para resolver ciertas contradicciones que el mismo modelo ha ido generando. El problema, según este arqueólogo, radica en la indefinición cronológica de un lote de arquitecturas y decoraciones que historiográficamente han recibido las más variadas

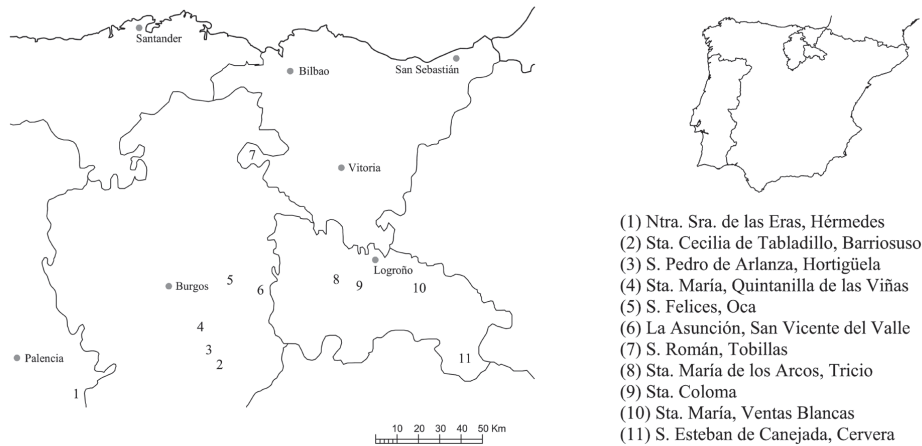


Fig. 5. Mapa de la Península Ibérica con la dispersión de las iglesias con bóvedas sobre pechinas

cronologías si bien, actualmente, la opinión generalizada es llevarlo casi todo a los siglos VII e inicios del VIII. La Asunción entraría perfectamente en esta categoría. El redescubrimiento de la iglesia a partir de la ruina y reparación sin duda nos coloca ante importantes restos de fábricas anteriores al románico de las que sólo conocemos ese dato. Ningún documento literario ni epigráfico conocido arroja la más mínima luz sobre momentos fundacionales o siquiera de uso en las fases más antiguas. Ya hemos visto cuáles eran las razones que se pueden alegar desde un marco de referencia tradicional a la hora de adscribir este edificio (al menos las fases 1 y 2 de Aparicio) a época visigoda. Desde el discurso alternativo, rupturista, la Asunción representa un tipo de arquitectura vinculada a situaciones históricas posteriores y no anteriores al 711. En concreto formaría parte de una familia de iglesias que se caracteriza por el empleo de sillería (reutilizada) en los muros y abovedamientos también pétreos, siendo seña de identidad del grupo las cúpulas de piedra toba sobre pechinas cubriendo los ábsides<sup>2</sup> (figs. 4, 5 y 6). Discusiones cronológicas aparte, es importante destacar en los trabajos de Caballero la definición misma de un grupo arquitectónico históricamente coherente formado por un buen puñado de ejemplos (Caballero, 2001). De esta forma se abre la posibilidad, entre otras cosas, de apoyar aproximaciones cronológicas a partir de los datos suministrados por los

<sup>2</sup> Este grupo estaría formado por las iglesias de: Quintanilla de las Viñas (Burgos), la Asunción de San Vicente del Valle (Burgos), San Pedro el Viejo de Arlanza (Burgos), Santa Cecilia de Barriosuso (Burgos), San Román de Tobillas (Álava); Santa María de los Arcos de Tricio (La Rioja), Santa Coloma (La Rioja), Ventas Blancas (La Rioja). La iglesia de Hérmedes de Cerrato, que tiene la preceptiva cúpula sobre pechinas, preferimos dejarla en un segundo plano de la discusión al tratarse de un ejemplo excéntrico en lo geográfico ya que se encuentra aislado (por ahora) y lejos de las regiones en las que se concentran el resto de casos.

distintos casos conocidos. Por otro lado, comenzaba a difundirse y aplicarse la llamada arqueología de la arquitectura, disciplina que Caballero implementa como herramienta metodológica del nuevo paradigma. Uno de los primeros edificios en los que Caballero la aplicó fue en San Pedro el Viejo de Arlanza, iglesia que forma parte de la misma familia arquitectónica que la Asunción (Caballero, González-Moro y Matesanz, 1994). Pocos años después, a raíz de la recuperación de la Asunción, Caballero incluye el estudio arqueológico paramental de la iglesia dentro de un proyecto de investigación sobre arquitectura prerrománica en Castilla y León<sup>3</sup>. Los resultados obtenidos en la Asunción también buscaron ser publicados a través del canal editorial de las actas del I Congreso de Arqueología Medieval Burgalesa, celebrado en la capital castellana en 1998 pero cuyas actas no han visto la luz, por lo que casi todo lo que vamos a contar aquí puede considerarse primicia a pesar de haber transcurrido unos cuantos años desde la exploración arqueológica.

De esta forma, sólo encontraremos con anterioridad algunas referencias, no en profundidad, relativas a los resultados de la lectura por parte de quienes participaron en ella<sup>4</sup> (Caballero, Arce y Utrero, 2003). Como novedad res-

<sup>3</sup> Fruto de ese proyecto son los artículos publicados sobre el análisis murario de iglesias como San Pedro de la Nave (Caballero y Arce, 1997) y San Juan de Baños (Caballero y Feijoo, 1998).

<sup>4</sup> La lectura de paramentos se efectuó entre los días 31 de marzo y 4 de abril de 1997, dirigida por Luis Caballero, investigador científico del C.S.I.C., con la participación de Santiago Feijoo Martínez, Fernando Arce Sainz, Ángel Aparicio Bastardo y Rebeca Blanco Roteta. Se utilizó, como base documental gráfica, la colección completa de planos del edificio obtenida por técnicas de fotogrametría terrestre efectuada en el gabinete de fotogrametría del CEH CSIC por parte de Fernando Arce y Santiago Feijoo. El trabajo formaba parte de un convenio de colaboración entre el CSIC y la Junta de Castilla y León, dentro del Proyecto Sectorial de Promoción General del Conocimiento PB94-0062. La documentación original está depositada en el Centro de Ciencias Humanas y Sociales- CSIC y una copia en la JCyL.



pecto a la secuencia ofrecida por Aparicio se habla de una nueva fase prerrománica hasta ahora no contemplada. En el aula Aparicio reconocía dos fases constructivas constituidas por 1) una fábrica original que llegaba hasta las cubiertas y 2) su posterior recrecido para incorporar las ventanas geminadas. Caballero, Arce y Utrero opinan que la fase original de Aparicio contiene en realidad dos momentos constructivos diferenciables: un primer esfuerzo edilicio que levanta la fábrica hasta cierta altura y otro segundo esfuerzo que remataría el edificio y que, aunque pareciéndose tecnológica y productivamente al anterior, posee ciertas singularidades tipológicas y estratigráficas que lo distinguen. Coinciden con Aparicio respecto a considerar como fases prerrománicas independientes el recrecido de la nave y los nuevos ábside y pórtico sur. Se ofrece así una imagen, en primera instancia, de cuatro edificios altomedievales consecutivos, un número realmente destacado que, además, debe explicarse en un lapso temporal mucho más corto al poner el punto de partida en el siglo IX en vez de en el VI o VII. pues son partidarios de la explicación postvisigoda desde la primera fase (fig. 8).

Fernando Pérez Rodríguez-Aragón y Adelaida Rodríguez Rodríguez publicaron en 2003 algunos de los resultados de dos visitas hechas a la iglesia tras el incendio y la ruina. La primera junto a José María Abásolo tras serle comunicado a éste, por parte del párroco Daniel Gómez, la existencia de inscripciones romanas en los muros de la iglesia. La segunda cuando parte del edificio se había venido abajo. Aparte de las inscripciones romanas recogieron otros importantes datos de carácter epigráfico vinculados a distintos momentos históricos de la iglesia. El desprendimiento de la cal de las paredes empezó a sacar a la luz dos inscripciones medievales realizadas en las dovelas del arco de la puerta S del templo. Se hacía alusión a la consagración, en el año 1224, por parte del obispo Mauricio de Burgos, de una iglesia dedicada a Santa María. Su artículo se centra en el hallazgo de grafitos en las columnas que soportaban los capiteles de las ventanas altas así como en los propios capiteles. Los grafitos (hay letras, signos, una figura humana) tuvieron que ser grabados con las piezas a pie de obra o bien durante su colocación definitiva. En efecto, una vez hecho el recrecido y las ventanas era imposible llegar a ellas ya que jamás existió un segundo piso. Encuentran otros ejemplos, como San Cebrián de Mazote, en los que también aparecen grafitos en piezas que, por su ubicación (un modillón en Mazote), sólo pudieron ser epigrafadas durante el proceso constructivo. Lo relevante, en primer lugar, de los grafitos de la Asunción es la posibilidad de sincronizar en el reloj histórico la arquitectura con la epigra-

fía, una disciplina y una fuente de información con sus propios códigos tipológicos y cronológicos. En otras palabras, los grafitos podrían proponer fecha a la acción constructora. Sin embargo, no aparece por ningún lado un estudio de tipo paleográfico en el que discuta la cronología de los grafitos. Su propuesta de fecha, altomedieval, se funda entonces en un elemento exógeno a la propia epigrafía: la constatación, en otros edificios altomedievales y nunca en otros considerados visigodos, de grafitos realizados en piezas que sólo pudieron ser grabadas en el proceso constructivo, como es el caso de la Asunción. Si los grafitos son altomedievales entonces el recrecido es altomedieval, pero ¿qué pasa con los capiteles? Pérez y Rodríguez, no obstante, parecen aceptar la fecha tardoantigua que propuso Aparicio a partir de su comparación con las producciones marmóreas «merovingias» del sur de Francia. Aceptan estos autores una cronología «visigoda» no sin antes hacer un repaso a la historiografía francesa relativa a los mármoles aquitanos que se toman de referencia para el caso burgalés. Su repaso a la literatura científica gala lo que demuestra es un panorama con más incertidumbres que certezas, con un magmático elenco de piezas que siempre aparecen o descontextualizadas o reutilizadas en fábricas medievales y con un abanico de propuestas cronológicas que van desde el siglo IV al siglo VII. Si la fábrica es altomedieval pero los capiteles son tardoantiguos no queda otra que asumir que estas piezas fueron reutilizadas a pesar de las dudas que les provoca la homogeneidad del lote, algo difícil de conseguir a partir de material de espolio.

José Ángel Aparicio publicó un nuevo artículo (2000) precisamente para defender la coetaneidad de capiteles y fábrica arquitectónica. Apela a la homogeneidad de las piezas antes apuntada (son sin duda de un mismo taller) y añade otro elemento de cohesión difícilmente posible en un escenario de reemplazo. Se trata de la puesta en escena iconográfica de las piezas, en la que los capiteles forman dos parejas icónicas: la del lado sur es la que tiene representaciones figuradas (cabezas humanas) y la del norte sólo motivos vegetales. Hay por tanto para Aparicio sincronía temporal entre decoración y construcción. De nuevo los capiteles se convierten en legítimos indicadores cronológicos de la fase. Otra cosa es fecharlos, algo que para Aparicio es factible en el contexto de los estudios de la escultura aquitana por encontrarse ahí los posibles paralelos. Menciona no obstante un fragmento de capitel que Huidobro entregó al Museo de Burgos, procedente de la ermita de Santa María en Villafranca de Montes de Oca, con paralelos con los de la Asunción (Osaba, 1951). Las tradicionales fechas tardoantiguas que atribuyen los inves-

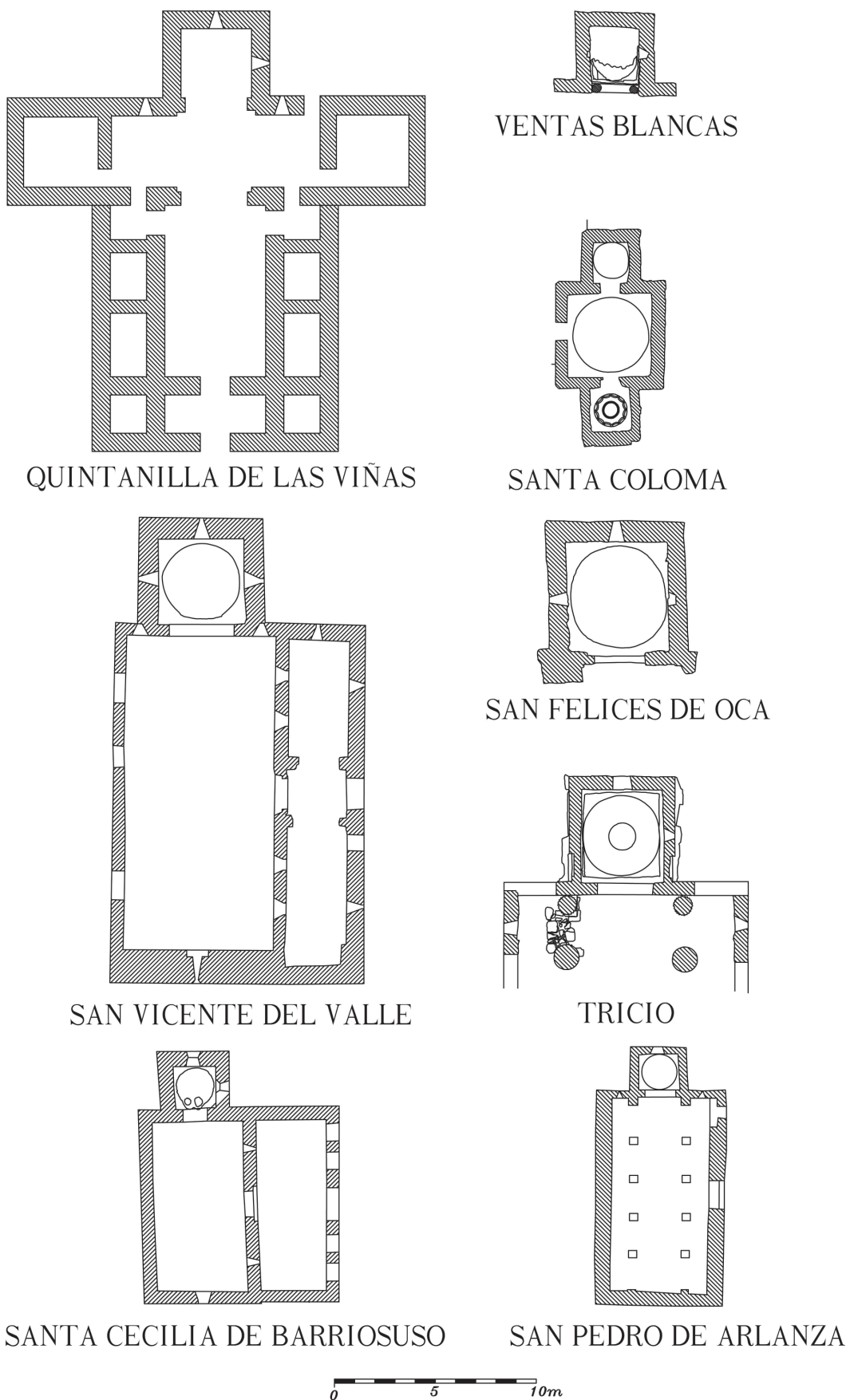
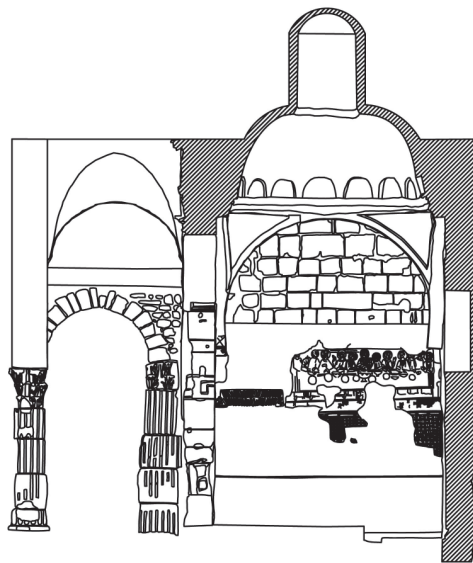
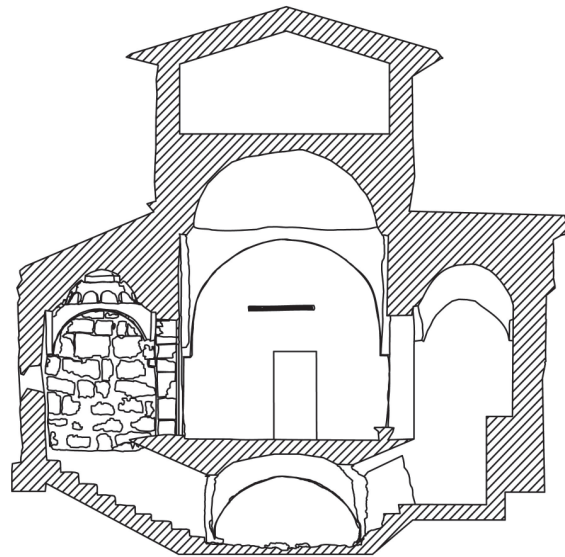


Fig. 6. Plantas de iglesias con bóvedas sobre pechinas. Escala 1/250

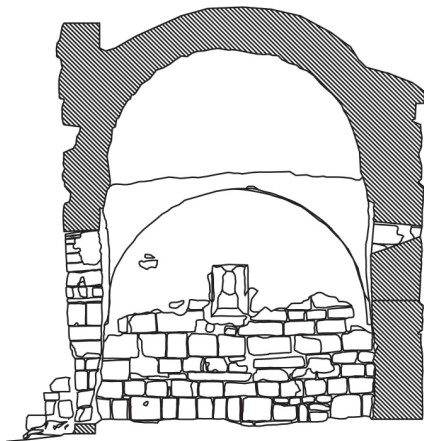




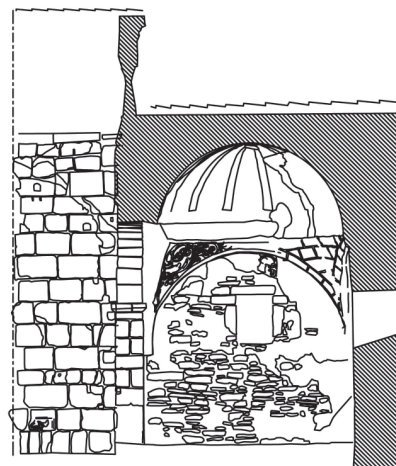
NUESTRA SEÑORA DE LOS ARCOS DE TRICIO



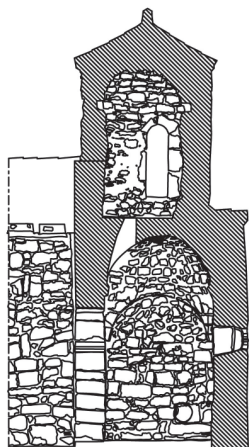
SANTA COLOMA



SAN FELICES DE OCA



SAN VICENTE DEL VALLE



SANTA CECILIA DE BARRIOSUSO



VENTAS BLANCAS



Fig. 7. Secciones iglesias con bóvedas sobre pechinas. Escala 1/125

tigadores franceses a los mármoles aquitanos fecharían los mármoles burgaleses y por tanto la fase constructiva (fase segunda de Aparicio).

Por último, la iglesia de la Asunción es recogida en la referencial obra de María Ángeles Utrero sobre los abovedamientos en la arquitectura hispana tardoantigua y alto-

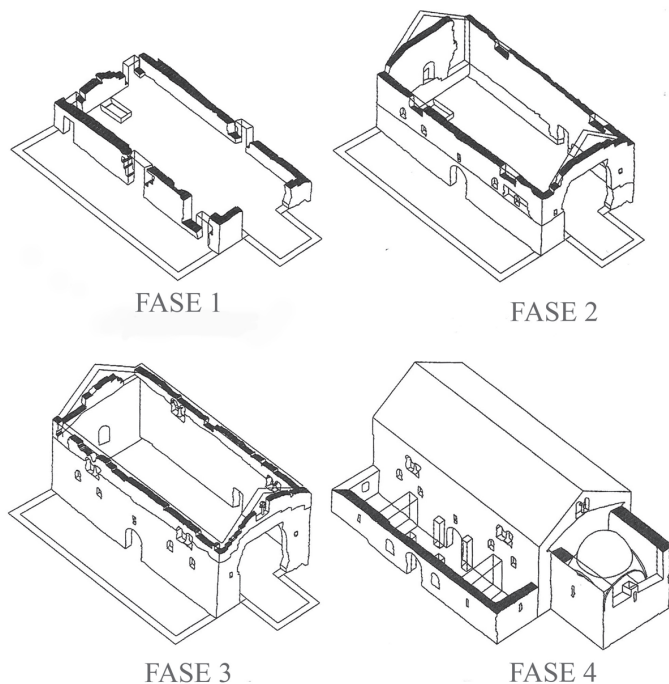


Fig. 8. Fases constructivas de la iglesia (según Caballero, Arce y Utrero 2003)

medieval (2006). Se incluye en el grupo de edificios con cúpulas sobre pechinas. También cuenta con su propia ficha en el Catálogo del libro, en la que se recogen las diferentes propuestas interpretativas y cronológicas así como la bibliografía específica (2006: 491-492). En este estudio que busca dotar a las estructuras arquitectónicas de contenido histórico a partir de una metodología arqueológica, edificios de las características de la Asunción (sillería, bóvedas sobre pechinas) se mueven, desde inicios de la historiografía, entre dos contextos productivos y tecnológicos: el visigodo y el altomedieval. Antes que tomar partido por una u otra opción, Utrero parece dejar que sea el lector el que llegue a este tipo de conclusión una vez son expuestas las certezas e incertidumbres con las que se encuentra la confección del discurso histórico ya sea en uno u otro sentido.

## PERIODIZACIÓN

### Fase 1 (A 1001): primera obra de sillería

Constituye la parte inferior del muro del aula en todo su perímetro con una altura variable entre tres y cuatro hiladas en el muro N (fig. 11), siete en el muro S (fig. 12), seis en el O (fig. 21) y entre cinco y seis en el muro oriental (fig. 20). Longitudinalmente se encuentra interrumpido el paramento por las puertas N y S actuales, la embocadura del ábside y diferentes cortes luego cegados, especialmente

notorios en las esquinas SO (A 1020) y NO (A 1140). Incluimos en esta fase el ábside encontrado por Aparicio en excavación, aunque no pueda ser visible en la lectura de los muros. Los datos y la documentación arqueológica aportados por este arqueólogo, como se verá más adelante, abogan por considerar a este ámbito amortizado como el ábside original de un edificio que, desde el primer momento, era una iglesia. El arrasamiento, hasta los cimientos, del presbiterio con la construcción del que vemos hoy en día impide determinar hasta qué altura estaría levantado en esta fase habida cuenta de lo observado en el aula, donde sólo se adscriben a este momento edificio las hiladas inferiores. Por lo visto en los muros conservados parece sensato pensar que el ábside se encontraba, igualmente, en proceso de construcción sin que podamos determinar hasta qué altura había sido levantado. Lo importante, en definitiva, es considerar que el primer edificio que se empezó a levantar era, desde el principio, un centro de culto cristiano formado por un recinto congregacional en cuyo testero Este se encuentra el espacio celebrativo definido por un presbiterio de trazado recto tanto al exterior como al interior.

Refiriéndonos ya a la fábrica conservada en el aula tenemos muros de una sola hoja conformados por sillería reutilizada de tamaño variable y heterogénea en el tipo de piedra empleada (arenisca, caliza y toba negra). La hilada de cimiento es bastante regular en cuanto al tamaño y el material, abundando los sillares de cara vista cuadrangular realizados en piedra arenisca. En las sucesivas hiladas se combinan los diferentes tipos de piedra antes mencionados siendo minoritaria la presencia de toba negra. En cuanto a las dimensiones encontramos variaciones tanto en la anchura como en la altura de los bloques, pero cuidando en mantener la horizontalidad de las hiladas, por lo que la altura de los sillares de cada una de ellas es homogénea para evitar escalones. La horizontalidad de las hiladas es bastante notoria al no existir sinuosidades o escalonamientos acusados, si bien la zona occidental de los muros N y S tiende a buzar hacia abajo en las hiladas superiores. También existen codos aunque en su mayoría poco pronunciados.

Como viene dicho los lienzos son de una sola hoja (de 50 cm de ancho), lo que hace que los sillares pasen de un lado al otro del muro. Esta circunstancia nos lleva a considerar tizones a todos aquellos bloques que muestren una cara vista igual o inferior a la medida de 50 cm, aunque, de manera estricta, todos los sillares podrían considerarse tizones en un muro de una única hoja. La alternancia de sogas y tizones no sigue un intervalo



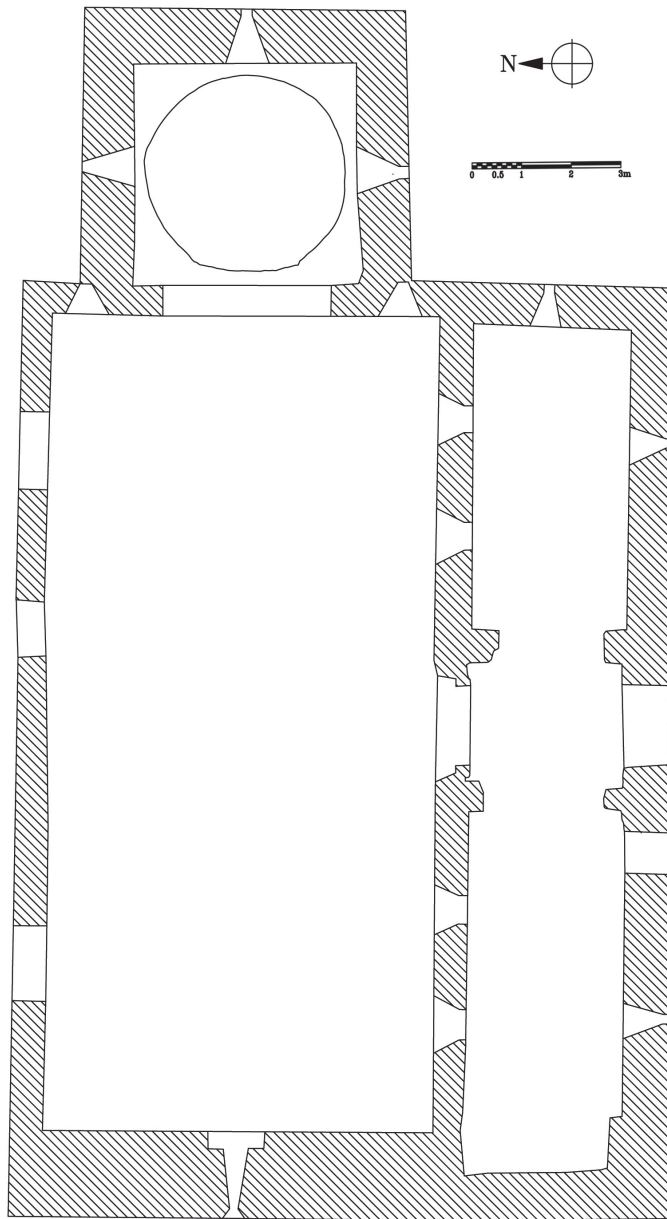


Fig. 9. Planta. Escala 1/150

reiterativo, formándose secuencias dispares entre sí. La hilada inferior, por ejemplo, está prácticamente atizonada mientras que en otras predominan las sogas intercalándose tizones de forma arrítmica. También hemos localizado algunos sillares que no ocupan todo el ancho del muro por lo que, necesariamente, tendrían forma y función de cuña.

Los sillares se unían entre sí con una argamasa de color grisáceo que pudo tener entre sus aditivos algo de ceniza, de ahí su color. Las juntas que se conservan mejor son bastante estrechas horizontal y verticalmente, lo que indica un ajuste muy preciso entre los bloques.

Los sillares de la hilada inferior, algo más anchos que los del resto, tienen un retalle que en su parte baja que forma un escalón o zapata tanto al interior como al exterior del muro. La mayor anchura dota al arranque del muro de una mayor superficie de apoyo mientras que el rebaje iguala la línea vertical del lienzo hasta el nivel del suelo, el cual ocultaría el escalón inferior. Nada sabemos del suelo más antiguo de la iglesia a excepción de los restos encontrados por Aparicio en la zona del ábside, que corresponderían al presbiterio primitivo. Era un pavimento de tierra arcillosa.

Se han documentado ciertos elementos asociados al proceso constructivo, en concreto mechinales para anclar el andamiaje. Estos huecos se han conseguido retallando la parte inferior de los sillares y siempre implicando a alguna de las esquinas, un proceder que permitía obtener las cajas tallando únicamente dos de sus caras.

La reutilización del material pétreo es evidente al encontrarse desde sillares con decoración escultórica completamente aislada y descolocada hasta numerosas huellas relacionadas con la utilización primigenia, sobre todo aquellos huecos circulares tallados en las caras de los bloques para ser izados mediante gafas o grandes tenazas. Podemos asegurar que tanto las piezas de caliza como las de arenisca son material acarreado, quedando la duda en cuanto a la procedencia de la toba, escasa y carente de huellas evidentes de reemplazo. La reutilización no ha supuesto una transformación del material reunido ya que no apreciamos que se hayan recortado sillares más grandes en otros de menor tamaño ni que las superficies hayan sido sometidas a un repicado. Las huellas de labra observadas son las originales, destacando un tipo de talla, seguramente a cincel, que deja una superficie con estrías muy pronunciadas. Donde existe decoración, la cara tampoco ha sido retallada con intención de eliminarla. Los motivos escultóricos que aparecen, junto al tipo de huellas de los sillares, indican a las claras que el aprovisionamiento de material se ha hecho a costa de edificios romanos, quedando la duda de si se trata de uno sólo o de varios debido a que hay piedras de diferente naturaleza, areniscas y calizas. La ubicación del lugar o lugares de los que se cogió el material es por el momento desconocida, siendo imposible saber su lejanía o proximidad. Tampoco podemos determinar la funcionalidad de las arquitecturas saqueadas (¿mausoleos, obras de ingeniería, estructuras defensivas, espacios civiles o religiosos?).

Respecto a los vanos asociados a esta fase, no se han documentado ventanas debido a la baja altura que alcanzan los muros. En cuanto a las puertas, las dos que se abren actualmente (una al N y otra al S, no alineadas entre sí),

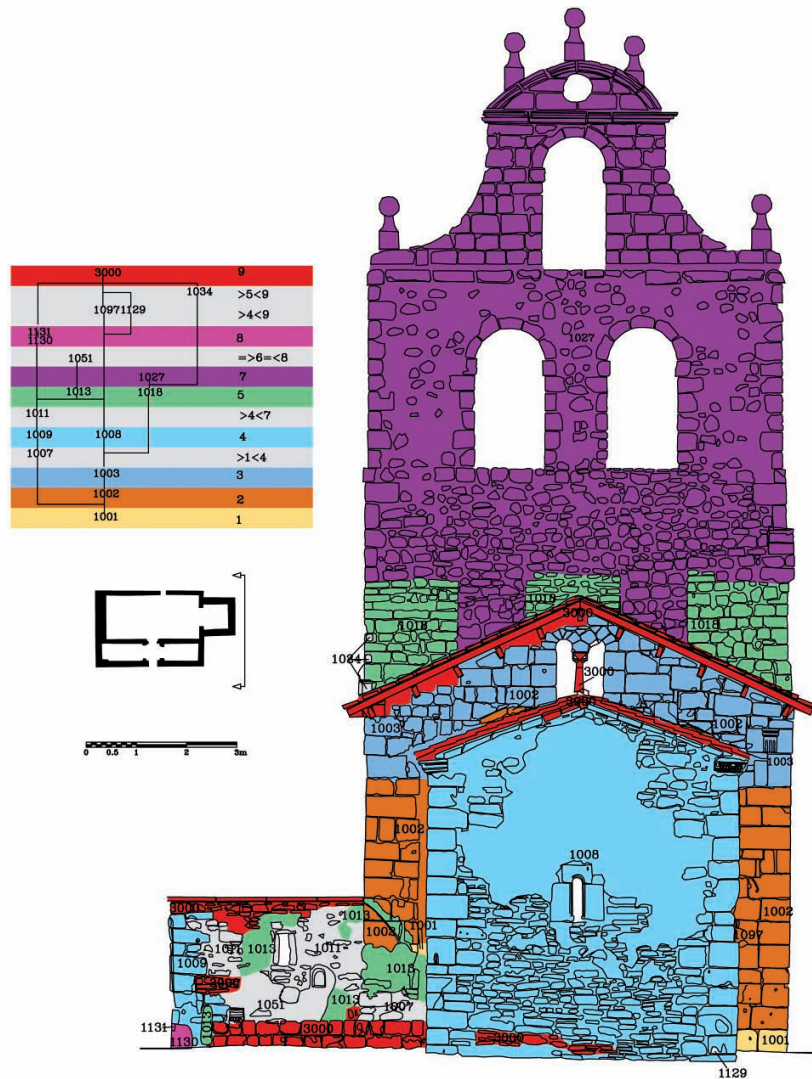


Fig. 10. Alzado Este. Escala 1/150

tienen el problema de haber sido remodeladas en posteriores momentos (fase 2 para la N y fase 5 para la S). En la puerta N interpretamos como pertenecientes a este período los sillares inferiores de ambas jambas, los cuales no parecen tener retalles posteriores (fig. 11). Otro argumento en este sentido, que parece más definitivo, es la constatación del escalón o zapata de estos sillares en la cara que actuaría de jamba, algo que no podría haberse dado si el muro fuese continuo en este punto. Por tanto hemos de afirmar que, en este punto, debió haber una puerta de igual anchura a la actual de la que desconocemos cómo se remataría, si con un arco o un dintel. La S, por su parte, debe su configuración actual a una fase plenomedieval. Al igual que ocurría en el caso anterior son las piezas inferiores de ambas jambas las que nos informan de la posible presencia de un vano ya existente en la fase 1 ya que no presentan huellas de retalles. Del mismo modo, su altura

primigenia así como su definición en la parte superior son imposibles de conocer tras la reforma medieval.

Además de estos dos accesos creemos poder plantear la posibilidad de la existencia de otras puertas que se hallan actualmente cegadas. En el muro S (fig. 12), hacia su extremo occidental, tenemos un corte relleno por sillarejo a base de piedra toba (A 1019) y una pequeña hornacina para guardar los santos óleos (A 1038) ya que aquí existió una habitación destinada a baptisterio. El relleno del corte al que nos referimos, unido al de la hornacina (posterior al relleno 1019), no permiten reconocer las jambas y el dintel de lo que sería la puerta. Sabemos con certeza que el macizado, por la cara interior, está afectado por la A 1023 (fase 7). En consecuencia el cegamiento debe ser igual o anterior a este momento. En el extremo contrario, el oriental, también se especula con la presencia de otra puerta. Aquí se vuelven a repetir los problemas interpreta-

tivos a causa de diferentes intervenciones, en especial la apertura de un vano para comunicar la iglesia con una pequeña capilla sita en el pórtico durante la fase 6. Únicamente se conservaría la parte inferior de la jamba E original, habiendo desaparecido completamente la O y el dintel. La anchura primigenia del vano puede venir dada por los sillares de la línea de cimientos.

Los posibles accesos no se acaban aquí. En el muro O (fig. 21) creemos ver restos de dos nuevas puertas, una hacia la esquina N y otra hacia la S. En un principio, los huecos allí presentes, cegados en etapas posteriores, fueron interpretados como sendas ruinas de las esquinas de la iglesia. Sin embargo, al observar la línea inferior de sillares, hay unas interrupciones achacables a la existencia de umbrales. Una vez medidos los huecos comprobamos su igual longitud, su simétrica colocación y su parecido formal con los umbrales de las puertas SE y SO. De esta forma nos encontraríamos ante un edificio con un abultado número de accesos, seis (tres al S, uno al N y dos al O) distribuidos además de forma nada convencional.

Por último tenemos indicios para suponer que hubo en esta fase un pórtico o estructura similar a la que conocemos hoy en la parte meridional. La primera prueba viene dada por un cajeadado hecho en tres hiladas del muro 1001 hacia su extremo occidental (fig. 12). Parece tratarse de un enjarje para un muro perpendicular a 1001. Su anchura, de 50 cm, es la misma que la del muro de la iglesia y no los 85 cm del pórtico actual, derribado en esta parte para ser ampliado, de donde decidimos que la caja no fue hecha para el pórtico más antiguo que conocemos (A 1004, período 4) si bien es muy probable que la hubiese reutilizado. De todas formas este dato no nos asegura que el enjarje, por haber sido tallado, no correspondiera a un pórtico levantado en un momento posterior a 1001 y anterior a 1004. Sin embargo, al observar la esquina oriental, hay algún sillar antiguo que sobresale de la línea de esquina del muro, algo que sólo tiene explicación para trabar con otro lienzo. La parte baja de esta esquina (A 1007) también presenta sillares similares aunque, por la forma en la que están aparejados, diferente a 1001 ya que aparecen calzados, han de ser considerados posteriores, lo cual supone que esta zona ha sido desmontada y rehecha con posterioridad, seguramente en el momento de levantar el actual pórtico con intención de enjarjarlo. En definitiva, si en la parte occidental de 1001 había alguna duda respecto a la coetaneidad del enjarje con otro muro perpendicular a él, en la E contamos con piezas originales preparadas para esta función que sólo pudieron haberse hecho a la vez ya que no están retalladas sino aparejadas. El

pórtico en cuestión tuvo que ser desmontado para ser sustituido por el que ha llegado hasta nosotros, de forma parecida a lo que ocurrió con el ábside.

En resumidas cuentas la fase 1 está presente en las partes bajas de los muros del aula y tiene como elementos definidores el reaprovechamiento de materiales sin aparentes retalles y su tipo de mechinales. Pero, como veremos en el análisis del siguiente período, lo que no podemos afirmar es si en esta fase los muros alcanzaron una mayor altura o simplemente son una etapa de obra inmediatamente continuada con la que supondría la fase 2 (A 1002), muy semejante en su aspecto respecto a la de este período 1 pero con diferencias suficientes como para diferenciarlos. En el caso de que se hubiera dado la primera posibilidad, un muro más alto que el conservado, se tuvo que producir entre ambos momentos una ruina bastante destructiva que no cuenta con ninguna evidencia visible.

Por último, sin que podamos asegurar que se corresponda con este momento, hay una tumba (A 1147) adosada a los pies de la iglesia siguiendo el eje E-O del edificio (fig. 21). Por estar adosada es imposible saber su pertenencia concreta a tal o cual período. Tampoco durante la excavación se pudo dar respuesta a esta incógnita. Tiene forma rectangular con un lado mayor de 1,70 m, otro menor de 0,50 m y una profundidad de 0,30 a 0,35 m. Sus paredes están hechas con sillares de caliza reutilizados entre los que se puede distinguir un fragmento de lo que fue una cornisa. El fondo está constituido por losas de piedra y dos tégulas romanas de 50x60 cm con incisiones dáciles trazando un aspa. Cuando fue excavada, la fosa se encontraba reutilizada para albergar dos enterramientos infantiles separados por un murete. Entre el relleno se encontró un fragmento de TSH tipo Rigoir 18 datable en el siglo VI. Este dato ofrece una fecha aislada y *post quem* para un relleno, el de las tumbas infantiles, con lo que su valor cronológico es relativo. De su cubierta original nada nos ha quedado. No hay duda de que se trata de un enterramiento privilegiado, único documentado en la iglesia, y puede que la persona allí inhumada tuviera alguna vinculación estrecha con el edificio, pero ¿en qué momento? Tipológicamente la tumba no presenta unas características lo suficientemente definitorias como para adscribirla con seguridad a un horizonte cronológico preciso. En cuanto a su ubicación, a los pies de la iglesia, contamos con casos parecidos pero con una sustancial diferencia. Aquellos enterramientos que podemos considerar privilegiados localizados en la zona de hastial no están en la nave de la iglesia propiamente dicha sino que se cobijan en un espacio arquitectónico independiente. En las iglesias de El



Gatillo (Cáceres) y Quintanilla de las Viñas (Burgos) las tumbas aparecen en un porche. En Asturias sabemos que existía un panteón real a los pies de la iglesia de Santa María separado de la nave. Por último en Santiago de Peñalba el abad Genadio fue enterrado a occidente dentro de un contraábside.

**Fase 2 (A 1002): segunda obra de sillería**

Inmediatamente encima de 1001 se asienta un muro de sillería reutilizada de una sola hoja de 50 cm de ancho con altura variable: nueve hiladas más una de regularización en el muro N (fig. 11); seis más una de regularización en el S (fig. 12), 12 en el E (fig. 10); y 11 hiladas en el O (fig. 16). Únicamente interrumpido en la esquina NO por un gran corte (A 1140). Contiene seis ventanas, cuatro en el muro S y dos en el testero E del aula.

Existe, a primera vista, un gran parecido entre 1001 y 1002, pero un análisis contrastado de ambas pone en evidencia ciertas diferencias que pasamos a detallar a continuación. En primer lugar, a pesar de que tanto en uno como en otro paramento el material es reutilizado, mientras que en 1001 la mayoría de los sillares son de arenisca con un pequeño porcentaje de caliza y toba, en 1002 la proporción se invierte siendo muy numerosa la caliza y escasa la arenisca. En cuanto a la toba, poco abundante en 1001, desaparece casi por completo en 1002.

La siguiente diferencia viene dada por el tratamiento de los sillares. Vimos que en 1001 los bloques no presentaban ningún tipo de transformación. Habían sido colocados en obra sin ser alterados, por lo que mantenían íntegras sus huellas de talla originales. En 1002, en cambio, algunos sillares han sido retallados *a posteriori* a base de cincel de filo curvo, aunque sólo en su cara exterior. Sin poder afirmar con rotundidad que este retalle sea coetáneo a la construcción de 1002, lo cierto es que no encontramos huellas similares en ningún sillar de 1001, razón suficiente como para señalar la diferencia.

Los mechinales tampoco son iguales. En cuanto a su tamaño los de 1001 miden 10 cm de lado y los de 1002 12 cm. La manera en que se abren en el muro es también distinta. En 1001 se encuentran siempre en las esquinas inferiores de los sillares, mientras que en 1002 los tenemos en el borde superior y no siempre en los ángulos, siendo habitual abrirlos en la parte central del sillar.

Hay que añadir la existencia de un elemento con carácter de solución de continuidad. Se trata de una estrecha hilada de regularización, presente en los muros N y S, que tiene por objetivo recuperar la horizontalidad de la hilada, sobre todo en la zona occidental (figs. 11 y 12). Esta rectificación ciertamente puede hacerse sobre la marcha sin que tenga que mediar un hiato o cesura en la construcción, pero, a la vista de las diferencias apuntadas,

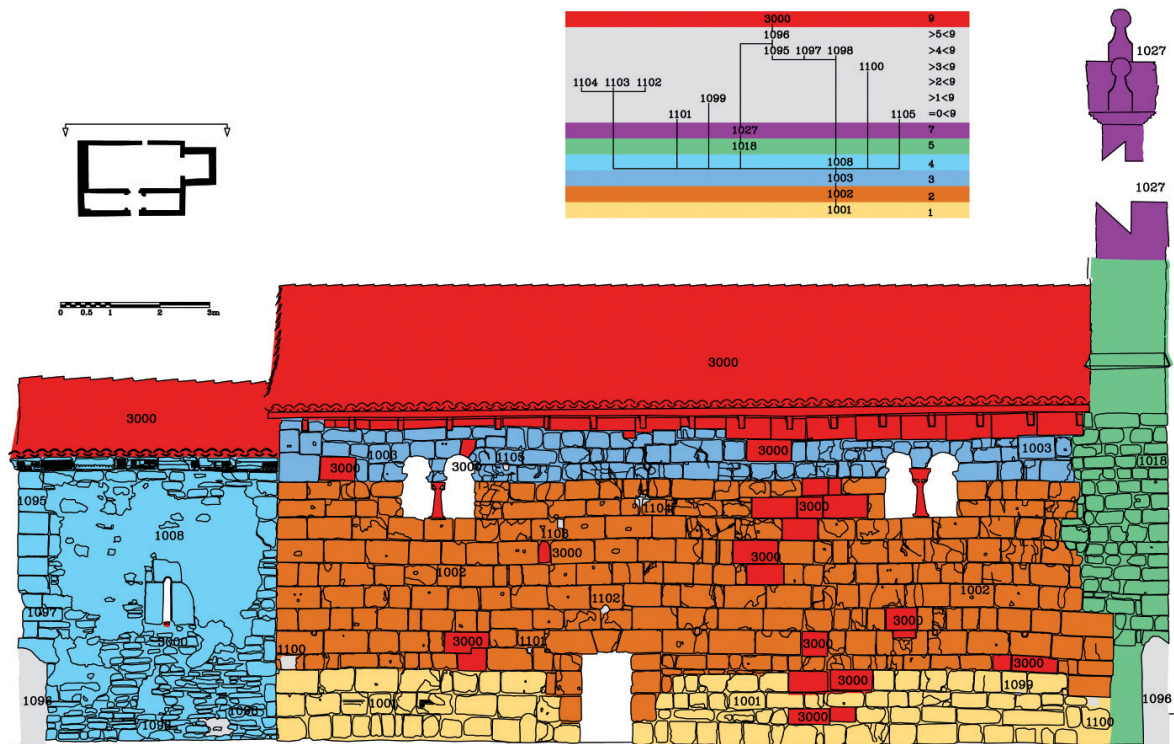


Fig. 11. Alzado Norte. Escala 1/150

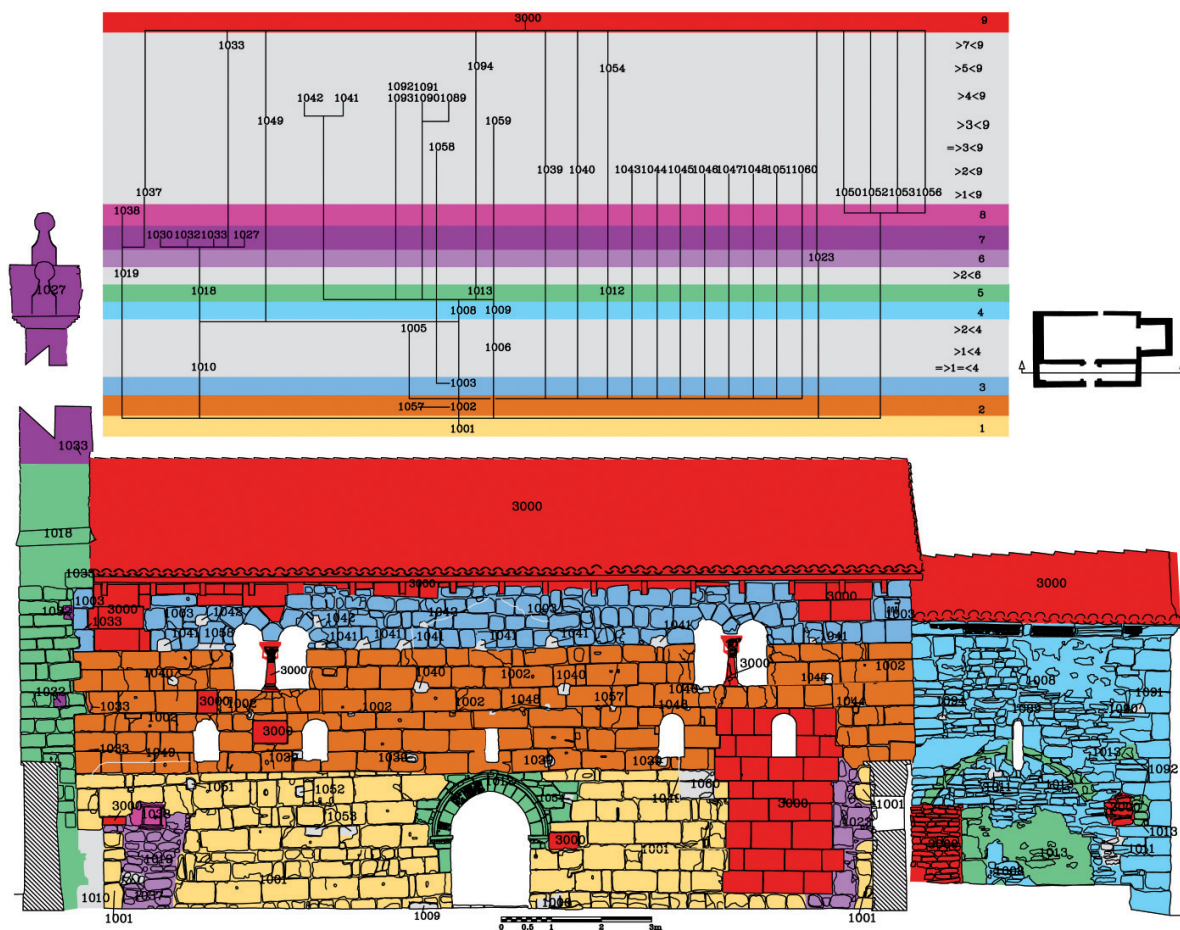


Fig. 12. Alzado Sur. Escala 1/150

parece tener sentido como preparación para seguir levantando un muro previo no acabado en su momento.

Los últimos datos distintivos se refieren a la horizontalidad general de las hiladas así como al tamaño de los sillares. Las hiladas de 1001 trazan líneas bastante horizontales, pero tienden a inclinarse hacia abajo en dirección O en las partes altas. Las de 1002, aunque también se inclinan algo en la parte occidental, son en general más horizontales y evitan además doblar hiladas. La altura de los sillares de 1002, exceptuando las hiladas de regularización, es bastante más regular que en 1001, donde tenemos una más amplia variedad de tamaños.

Al margen de lo ya dicho apenas cabe apuntar ninguna otra particularidad constructiva de este muro. La forma de aparejar los sillares tampoco ha cambiado sustancialmente, mezclándose sogas y tizones (éstos en menor número) sin seguir un ritmo o pauta determinada. Sí debe destacarse la presencia de sillares que cuentan con una acanaladura que recorre todo el bloque por el centro de las caras que quedan dentro del muro. Esta hendidura describe una especie de carril de sección cuadrangular de 5 cm de

ancho por 1,5 cm de profundidad. Sabemos que este cajeado afecta a todas las caras no vistas de algunos sillares porque en el proceso de restauración, en el que se levantó buena parte del paramento N usando las mismas piezas originales, los bloques pudieron ser vistos en su integridad. En la actualidad el cajeado sólo es detectable cuando algún corte en el muro deja al descubierto el interior de los sillares provistos con este elemento. Para qué sirvieron estos carriles y si son coetáneos a la construcción del muro es una incógnita, aunque nosotros nos aventuramos a lanzar la hipótesis de que se pudieron usar para albergar piezas de madera que ensamblarían unos sillares con otros. Este extraño atado del muro parece lógico si lo que se quiere atar es un paramento de una sola hoja, de tal forma que las llaves de unión serían verticales y no perpendiculares a él como ocurre en muros de dos hojas trabados con piezas de madera (San Pedro de la Nave). En el ábside de la iglesia de Santa María de los Arcos de Tricio (Logroño), con muros de una sola hoja, hemos vistos sillares con una acanaladura similar ocupada por una viga de madera cuya función ha de ser de zunchado. A falta de futuras compro-

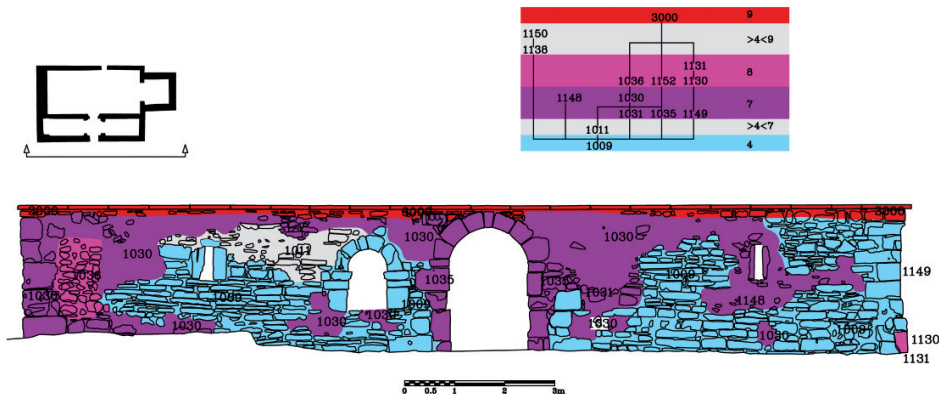


Fig. 13. Pórtico Sur. Escala 1/150

baciones (dendrocronológicas y C14) podemos afirmar que en Tricio muro y viga son de un mismo momento, lo que abona la posibilidad de que las cajas de los sillares de la iglesia de la Asunción fueran hechas *ex profeso*.

En la presente fase contamos con un buen repertorio de aperturas, en especial ventanas.

Como ya sabemos, la parte baja de la puerta N pertenece a la fase previa. Su culminación en la fase 2 levanta las jambas sobre las que apoya un dintel adovelado de tres piezas (figs. 11 y 18). Carece de mocheta, lo que no ha impedido que históricamente se haya cerrado, como lo demuestran las gorroneas de la parte inferior del dintel (As 1118/9) y las huellas de trancas en las jambas (As 1120/4). No hay forma de saber si estos elementos (gorroneras, trancas), pertenecieron a esta etapa. Hay una roza a destacar que se encuentra en las piezas de las jambas sobre las que apoya el dintel adovelado. Se trata de una acanaladura de sección cuadrangular tallada en la parte superior de los sillares, justo bajo el apoyo del dintel, que comienza en la cara exterior pero no llega a recorrer toda la pieza hasta la cara contraria (A 1117). Parece preparada para encajar algo haciéndolo correr por los carriles. Especulamos sobre si se trata del alojamiento de la cimbra, recta necesariamente, del dintel adovelado. Una vez aparejado éste, la cimbra, un simple tablón, podía ser retirada deslizándolo entre las acanaladuras.

No hay ningún otro acceso conservado en su integridad que podamos asociar directamente con las actividades de este período debido a las fuertes transformaciones históricas de los restantes.

Las ventanas pertenecientes a 1002 no son unitarias tipológicamente y tienen una distribución desigual. De hecho el muro N no tiene ni una sola ventana mientras que el S posee cinco (una de ellas desaparecida en una reforma posterior pero que es lícito reivindicar por cuestiones de simetría, tal como ha hecho el arquitecto res-

taurador). Hay dos ventanas más en el muro E de la nave, flanqueando la embocadura del ábside. Por último, en el centro del muro del hastial quedan restos de otro vano. Las del muro S (figs. 12 y 19), justo encima de la hilada de regularización, son de dos tipos. Tres de ellas (cuatro con la desaparecida) son rectas al interior y rematadas al exterior por un arco de medio punto tallado en un sólo bloque. Tienen derrame en las jambas y alféizar, quedando recta la superior. En los bloques donde se abren los arcos, hacia su parte interna, vemos que el arco tiene unas pequeñas enjutas en las que es posible adosar una solución de cierre, pensamos que unas celosías, ya que si se tratase de una hoja de madera de abrir y cerrar habrían aparecido gorroneas. Las supuestas celosías también se apoyarían a lo largo de la jamba merced a un pequeño escalón allí existente, haciendo de mocheta. Esta forma de colocar celosías con los vanos ya hechos y encajándolas desde el interior la encontramos, por ejemplo, en el pórtico meridional de Valdediós.

El otro tipo de ventana representado en este lienzo meridional lo constituye el vano que ocupa su eje central. Es sensiblemente más estrecho y en vez de arco tiene un dintel. Al igual que las demás, su alféizar se talla en un sillar y posee el mismo tipo de derrames y escalón para encajar celosías.

A igual altura que el cuerpo de luces anteriormente descrito, pero en el muro E de la nave del aula, encontramos dos nuevas ventanas con distintas características (fig. 20). Son rectangulares por dentro y por fuera y abocinadas en todas las caras menos en la superior. Terminan, hacia el exterior del muro, en pequeñas mochetas de 2 cm de frente y 5 cm de profundidad. De nuevo interpretamos este elemento como lugar de encaje para celosías. Creemos que los sillares fueron tallados una vez colocados en fábrica. Fundamos esta apreciación en las irregularidades generales del trazado, más fáciles de producirse, por transmitirse de



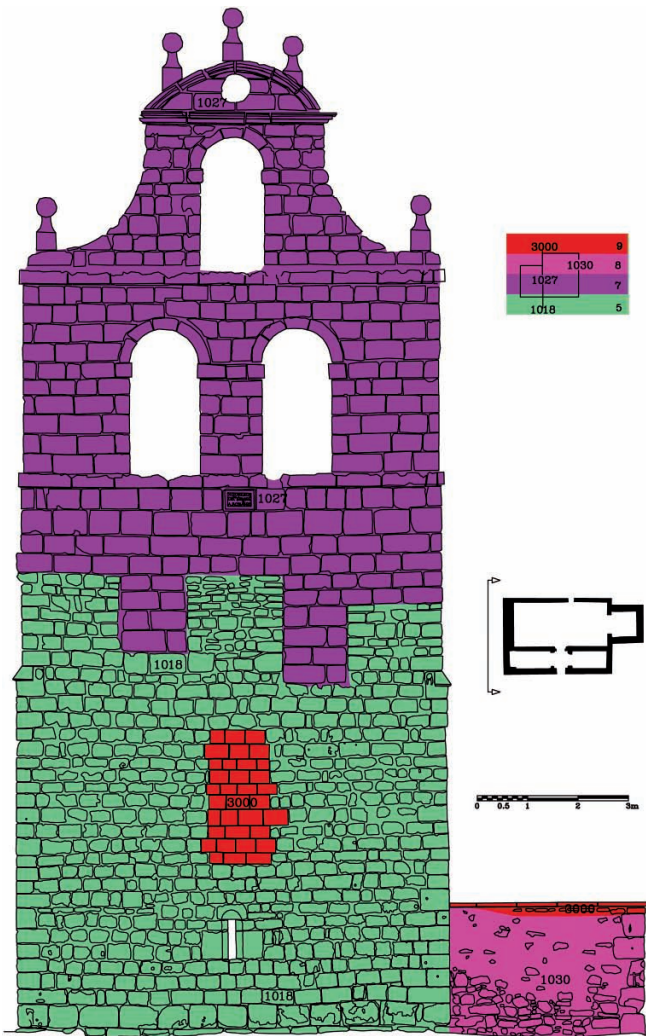


Fig. 14. Alzado Oeste. Escala 1/150

uno a otro sillar, si la talla tuvo lugar con los bloques colocados que con ellos sueltos y luego aparejados. Por tratarse de retalles en un muro construido no hay totales garantías para asegurar que hubieran sido hechos en el periodo 2. De lo que no hay duda es que nunca pudieron abrirse las ventanas más allá de la fase 3 ya que la 4 las ciega. Ventanas de esta tipología ubicadas en el testero oriental de la nave las tenemos en la iglesia burgalesa de San Pedro el Viejo de Arlanza (Caballero y otros, 1994: 158). En la iglesia mencionada de San Pedro el Viejo las ventanas fueron tomadas como indicio de la posible existencia de una subdivisión del aula en tres naves.

La última apertura perteneciente a este momento constructivo se encuentra en el muro del hastial (fig. 21). Aunque afectada profundamente en su parte superior por las reformas del período 7, podemos reconstruir su trazado original. Es la mayor de todas, un vano rectangular rematado por un arco de medio punto a base de dovelas de

pequeño tamaño realizadas en piedra caliza de las que se conservan seis. El derrame apenas es acusado. No conocemos su cara exterior por adosarse a esta parte el muro de la primera espadaña (A 1018), que ciega parcialmente la antigua ventana y abre en el hueco una nueva de menores dimensiones. Observamos, entre los retalles de las jambas, algunas rozas que pudieron servir para fijar la correspondiente celosía.

Podemos afirmar con bastante certidumbre que el edificio asociado a este período 2 fue rematado en altura. Así lo demuestran restos de líneas de sillares escalonados formadas por las vertientes de los frontones E y O que describen lo que sería una cubierta a dos aguas (figs. 20 y 21). Este dato inhabilita por tanto la posibilidad de un aula dividida en tres naves como podían sugerir las ventanas orientales.

Sacamos de nuevo a colación el asunto del pórtico meridional para recordar que dicha estructura, del mismo modo que ocurre con ábside y aula, no estaría culminada hasta la fase 2. Acciones posteriores, sobre todo la construcción de un nuevo pórtico, han supuesto su casi total destrucción por lo que es imposible ofrecer imágenes precisas de la obra acabada.

### Fase 3 (A 1003): tercera obra de sillería

Sobre la A 1002 se apoya un muro de sillería de una sola hoja (50 cm de ancho), compuesto por sillares de caliza y arenisca reutilizada, a lo largo de todos los muros del aula. Conserva diferentes alturas, nueve hiladas en el muro E (fig. 10), tres en el N (fig. 11), cuatro en el O (fig. 16) y otras cuatro hiladas en el muro S (fig. 12). Contiene cinco ventanas geminadas, un par en el lado N, otra pareja en el S y una en el oriental.

Como vemos hay aparentes similitudes entre este paramento y los dos anteriores. De nuevo el material presenta evidencias de reutilización en forma de huellas constructivas (gafas) y decorativas (piezas esculpidas). El ancho del muro sigue siendo de 50 cm y los sillares ocupan todo su ancho. Tenemos además huellas de talla con cincel de filo curvo, como en 1002. Las razones que inducen a su diferenciación son de diversa índole. Frente a la etapa inmediatamente inferior (1002), donde la caliza aparecía de forma masiva, el material predominante es, como en 1001, la arenisca, quedando la caliza reducida a las piezas que componen los arcos de las ventanas. Desaparecen casi por completo los mechinales, de los que sólo hemos podido identificar uno en el muro N y otros dos, aunque con reservas, en el muro S. El módulo de los sillares es, por regla general, más pequeño

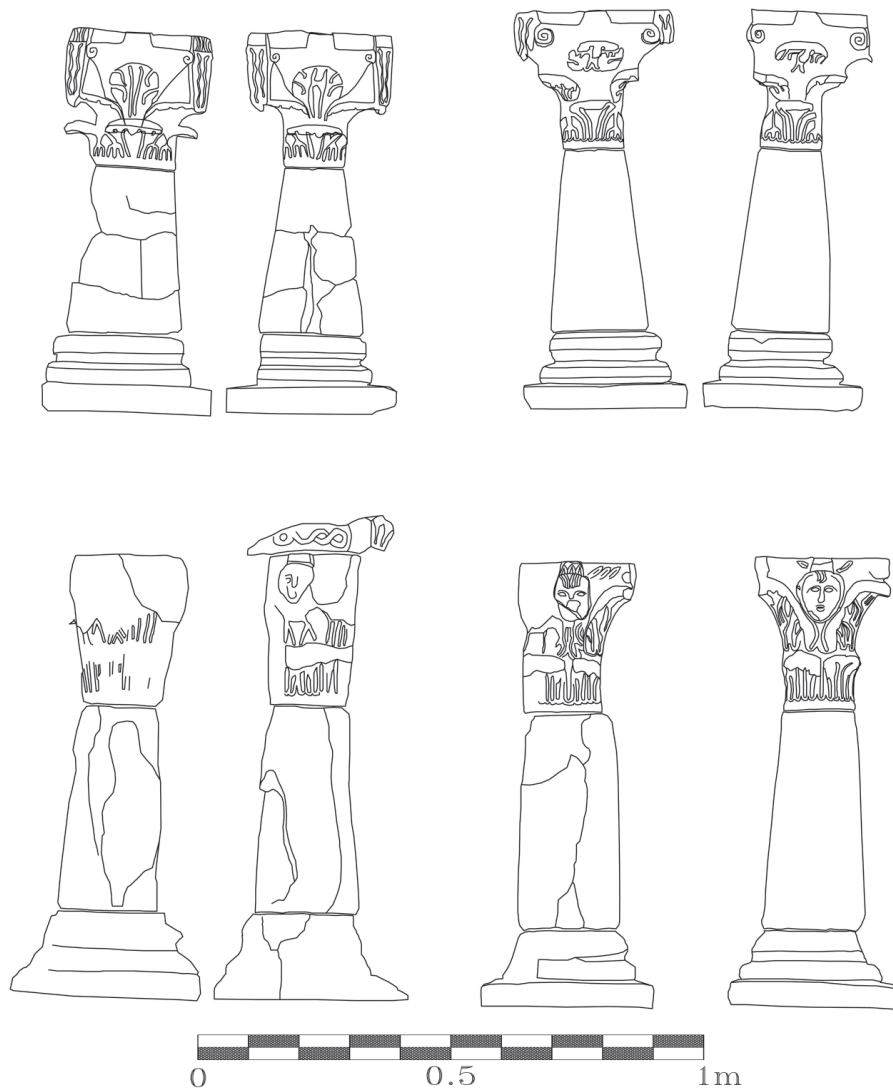


Fig. 15. Capiteles de las ventanas altas Norte y Sur. Escala 1/15

que el hasta ahora visto aunque no faltan las excepciones. En contraste con la marcada horizontalidad de las hiladas de 1002 tenemos líneas sinuosas y acusados escalonamientos que dan lugar a grandes codos. Aparecen hiladas dobladas y en algunas zonas hay un verdadero desconcierto en el aparejo.

Otro argumento que abona la especificidad de esta fase frente a la anterior es la ya mencionada existencia de una nítida línea de vertiente de cubierta de 1002, subsumida ahora en el recrecido 1003. Esto se ve con claridad en la parte interna del muro E de la nave. Lo que sería la cumbre de 1002 ha sido desmontada para conseguir una superficie horizontal sobre la que levantar la nueva ventana. Este período 3 lo interpretamos como un recrecido de los muros existentes sin que parezca que haya mediado una ruina.

El período 3 supuso, aparte de dotar a la iglesia con más altura, crear un nuevo cuerpo de luces con la apertura de nuevas ventanas. Todas ellas responden a la misma tipología: aberturas geminadas con arcos de ligera herradura despiezados en dovelas y columna medianera compuesta por capitel, fuste y basa independientes. La ventana E es algo más estrecha que las otras (figs. 10 y 20). Podemos asegurar que en el muro O no hubo ventana ya que el paramento 1003 es continuo en esta zona. Las jambas están formadas por dos alturas de bloques *in situ* pertenecientes a 1002, excepto en el vano E, constituido íntegramente por material de 1003. El adovelamiento de los arcos no sigue una regla general. En las ventanas del lado N, por ejemplo, prácticamente no hay una sola dovela radial, presentando juntas paralelas y perpendiculares al suelo iguales a las de cualquier otro sillar (figs. 11 y 18). En las

del lado S, por contra, sí tenemos dovelas radiales pero con formas, número y tamaños dispares (estrechos, anchos, trapezoidales, cuñas) y nunca describiendo rosca exterior (figs. 12 y 19). Tampoco hay criterio unitario a la hora de hacer los arranques. En la ventana SO la imposta y la primera dovela son piezas independientes mientras que en la SE y las septentrionales se integran ambos elementos en un mismo bloque.

En relación con estas fuentes de luz aparecen por primera vez, al menos que conozcamos, piezas decorativas originales. Ocultas la mayoría de ellas durante muchos años (Huidobro pudo ver sólo una) fueron apareciendo a lo largo de los trabajos de restauración. Se trata de elementos de soporte compuestos por capitel, columna y basa y es posible que algún cimacio, todos independientes (fig. 9). Sin duda lo más interesante es el lote de capiteles, conservados cuatro de los cinco posibles. Están realizados en mármol de un grano muy fino y presentan una superficie pulida. Ninguno posee collarino. No hay dos iguales ni en tamaño ni en esquema decorativo. Hay piezas en las que se mezclan temas vegetales con otros figurados, en concreto unos rostros humanos tallados en dos de los frentes. Son muy sumarios en sus rasgos y carecen de cualquier atributo identificativo.

Se trata de manufacturas especializadas salidas de un taller que llegaron a la Asunción en el contexto de la remodelación de la iglesia. Capiteles, cimacios y basas, una vez en la obra, fueron colocados por los mismos que estaban levantando el nuevo muro. Se tuvieron que tallar en la obra las columnas ya que el lote de piezas no incluía estos elementos a pesar de que tanto capiteles como basas están hechos para ir con columna. El caso es que los obreros tuvieron que suplir esta falta tallando unas columnas enterizas, en arenisca. Más que tallar, como observa Aparicio, lo que se hizo más bien fue cortar con sierra los bloques facetándolos hasta dar una apariencia más o menos cilíndrica que contrasta en su tosquedad con la finura de los capiteles.

Respecto a que estas piezas sean material reutilizado u original (bien porque se encargaron a un taller, bien porque se compraron ya hechas) nos parece más probable la segunda opción. Parece demasiada casualidad, en caso de que habláramos de reemplazo, que un juego completo de soportes (salvo las columnas) hecho por las mismas manos, haya podido ser rescatado y trasladado intacto desde un edificio amortizado. En los sistemas decorativos escultóricos en los que podemos hablar de un expediente de reciclaje de piezas, lo habitual es encontrar conjuntos misceláneos, a lo que se une la habitual presencia de alteraciones

de las piezas como consecuencia de su segunda o tercera vida útil. Ni una cosa ni otra vemos en la Asunción.

#### **Fase 4 (As 1008/9): ábside y pórtico meridional**

Corresponden a esta fase el ábside actual (A 1008; figs. 10, 11, 12, 18 y 19) así como la mayor parte del actual pórtico meridional (A 1009; figs. 10, 12 y 13). Sus aparejos son de mampostería de 85 cm de grosor a base de lajas estrechas de esquistos con encadenados de sillería reforzando las esquinas. El ábside posee una cúpula sobre pechinas en piedra toba (figs. 9, 18 y 19). El material se une por medio de una argamasa blanquecina mezclada con arena gruesa y pequeños fragmentos de teja. Quedan restos de un enfoscado grisáceo que interpretamos como original.

El ábside se conserva casi en su integridad a pesar de las reformas posteriores. Los encadenados de sus esquinas son bloques de arenisca y caliza que muestran huellas de reutilización. Es bastante probable que dichas piezas provengan del anterior presbiterio, el cual era de menor tamaño tal como se pudo ver durante la excavación. Los sillares de las cadenas no dan cara al interior. Documentamos algunos recalces con fragmentos de teja plana, *tegulae*, que también pudieron venir de una cubierta previa. El nuevo ábside va a adosarse con el muro E de la nave sin que, aparentemente, se hayan producido retalles para enjarjes. Al tener una anchura mayor que el antiguo presbiterio, el adosamiento viene a caer justo en la línea donde se encuentran las ventanas orientales del aula, lo que ha provocado su cegamiento. El espacio interior fue solado con *opus signinum*, levantado durante la excavación pero del que se conserva su impronta en el muro S. Únicamente hemos podido identificar con seguridad dos mechinales constructivos.

Se ilumina este ámbito por medio de tres ventanas, una en cada muro. Son de tipo asietado, estrechas al exterior y derramándose hacia el interior salvo en su plano superior. Se componen a base de sillares reutilizados (uno de ellos es una inscripción romana) tanto en el dintel, siempre monolítico, como en las jambas. El alféizar, en cambio, está hecho con la mampostería original del muro. Se talla por la cara exterior del dintel un pequeño arquito de medio punto. El arco es enmarcado por un motivo sencillo a base de dos líneas paralelas que tienen continuidad a lo largo de las jambas. Hay tallados en la parte izquierda de los dinteles una pequeña gorroneira que nos está hablando de su solución de cierre con una puertecita de un sola hoja. Las piezas de las jambas han sido retalladas para conseguir el abocinado utilizando una herramienta





Fig. 16. Arranque de la pechina SO de la bóveda del ábside

tipo cincel o pico que ha dejado grandes huellas. El vano N presenta diferencias, no tipológicas, respecto a los otros: se abre a una altura superior y su anchura es mayor.

El espacio absidal se cubre interiormente con una cúpula sobre pechinas. El material empleado ha sido la piedra toba a excepción de los arranques de las pechinas, realizados en caliza. Estos arranques forman una arista que desaparece tras la segunda hilada para, a partir de ahí, surgir el triángulo curvo propio de la pechina (fig. 16).

En el exterior hay dos tipos de cornisas. Una que se desarrolla a lo largo de los muros N y S y otra en el muro E. La primera, en arenisca, con ocho piezas en el N y cinco en el S, presenta una decoración a base de hojas puntiagudas con nervadura central con tacos en su base y un grueso sogueado en la parte inferior. Por su tipología son romanas, además de ser evidentes los indicios de reciclaje al observar-se cómo la serie se compone con piezas de diferente largura entre las que se ven fragmentos evidentemente ya rotos

antes de ser colocados. La otra cornisa, en cambio, parece coetánea a la fase 4. Se trata de piezas en caliza que van siguiendo las líneas inclinadas de las vertientes del tejado. Su decoración es bastante sencilla, compuesta por una simple nacela.

El pórtico meridional, técnicamente, es idéntico al ábside. El aparejo es de sillarejo a base de lajas estrechas con refuerzos esquineros de sillares. También es coincidente la anchura de los muros. El testero occidental desapareció en una ampliación posterior. La altura conservada no es la original. Durante la moderna restauración se cortó este muro y sus receridos para dejar más visible el lienzo meridional de la iglesia. La forma en la que se relaciona con el paramento S del aula es de enjarje en la parte baja y de adosamiento en el resto. El trabado, ya mencionado en otro apartado, se ha conseguido recolocando la parte inferior de la esquina SE del aula para formar llaves (A 1007) y aprovechando lo que parecen unas adarajas antiguas pertenecientes a 1001. El encuentro entre los dos muros en la parte occidental se pudo beneficiar de las posibilidades de trabazón que ofrecía el cajeadado allí documentado perteneciente a 1001.

El pórtico tenía una compartimentación interna que generaba cinco espacios diferentes. Uno que servía de entrada y comunicaba con la iglesia y dos a cada lado del anterior, de tamaño algo menor los más cercanos a él. En excavación fueron reconocidos sus cimientos, de los que todavía quedan *in situ* algunos restos de pilastras adosándose al muro S de la nave y N del pórtico. Las habitaciones de los extremos podían contar con un acceso directo a la iglesia a través de puertas mencionadas en las fases 1 y 2. Desconocemos si dichos vanos seguían operativos en la presente fase. Otra incógnita es la altura que alcanzó este cuerpo arquitectónico: si era igual en todas sus partes o si existían diferencias de nivel entre ellas. En relación con esto último se ve una impronta a eje con la puerta S que describe una cubierta a dos aguas de una estructura allí adosada, que coincide en anchura con la habitación de paso a la iglesia. Esto quiere decir que alguna vez este espacio contó con una altura distinta respecto a las habitaciones que le flanquean, seguramente más bajas en previsión de no inutilizar las fuentes de luz. De todas maneras faltan datos para ser concluyentes. Hemos de tener en cuenta que el pórtico sufrió varias remodelaciones en fechas posteriores tal como lo demuestran las fotografías antiguas y la evidencia de varias hileras de mechinales (As 1039/42, 1048). Otra cuestión irresoluble es si hubo más de un piso en las habitaciones. Desde un punto de vista funcional no nos atrevemos a emitir aseveraciones en

relación al uso que tendrían los diferentes ámbitos del pórtico. El del extremo oriental llegó hasta nuestros días convertido en capilla en época medieval, mientras que su homólogo occidental hacía las veces de baptisterio desde una fecha indeterminada. También aparecieron algunos enterramientos medievales. Tan sólo podemos apuntar con visos de verosimilitud que ninguna de las estancias, en su fase original, presenta elementos o estructuras asociables a funciones litúrgicas.

Son varios los vanos con los que contó el pórtico, aunque no todos se conservan. La puerta exterior, desaparecida, estaría en el mismo lugar que la actual, más moderna, la cual no ha dejado ningún rastro de la original. De las ventanas nos han llegado cuatro, estimándose en dos las destruidas: una en el muro O, desaparecido todo él tras una ampliación, y otra en el muro S que flanqueaba la puerta de entrada al pórtico. Las supervivientes son de dos tipos. Las primeras, tres sobre cuatro posibles, son similares a las descritas en el ábside: vanos asaetados con derrame hacia el interior y exteriormente aparejadas con sillares reutilizados para dintel (monolítico) y jambas, quedando el alféizar constituido por el propio muro de mampuesto. A diferencia con los vanos del presbiterio, los dinteles no se recortan para formar el arquito ni tampoco son visibles gorroneas o elementos de cierre. Son evidentes los retalles de las jambas para conseguir el abocinamiento. Estas ventanas, una en el muro E y dos en el S, están todas asociadas a las habitaciones extremas del pórtico. El otro tipo de vano está representado en el muro S, al O de la puerta de entrada. Se trata de una ventana dotada con un arco de ligero desarrollo de herradura formado por siete dovelas, una en forma de cuña, de piedra caliza, que arranca algo retranqueado sobre sendas impostas de arenisca apoyadas en jambas del mismo material. Las impostas son tipológicamente adscribibles a las vistas en las ventanas geminadas (fase 3): se molduran con un baquetón seguido de dos salientes de sección cuadrada formando escalón. Tuvo que existir una ventana semejante al otro lado de la puerta, perdida como consecuencia de una reforma (A 1031). Estas ventanas arcuadas iluminaban las habitaciones inmediatas al zaguán de entrada.

En definitiva, la fase 4 supuso una intervención de alcance que alteró sustancialmente la fisonomía del edificio. No hay ninguna evidencia que nos hable de la necesidad de emprender esta remodelación a causa de una ruina del ábside y pórtico. Da la sensación de remodelación planificada, en la que se contaba de antemano con el desmonte de las estructuras a sustituir y por tanto destruir.

### **Fase 5 (As 1012/5, 1018): reformas plenomedievales**

Las actuaciones en este período son las siguientes: reforma de la puerta meridional de acceso a la iglesia (1012); construcción de sacristía al S del ábside (1013); primera decoración pictórica del ábside (1014); apertura del arco-solio del muro N del aula (1015); y construcción de la primera espadaña (1018).

La puerta S actual (A 1012) se compone fundamentalmente de piezas de caliza y alguna arenisca reutilizadas (figs. 12 y 19). Hacia el exterior compone un arco ligeramente apuntado, trasdosado por una moldura, que arranca de impostas decoradas con taqueado. Algunas dovelas presentan inscripciones, dos de ellas con fecha, una con era hispánica y otra con *anno domini* pero dando el mismo año, 1224. Hacia el interior el descargadero es un arco rebajado ligeramente abocinado. También se observan mochetas. La talla de las dovelas está hecha a base de hacha dentada con golpes a 45 grados. La moldura presenta huellas del trabajo de un cincel. A pesar de contar con la fecha de la inscripción no debemos fiarnos de la coincidencia temporal entre esta acción y la construcción de la puerta tal como hoy la conocemos. Decimos esto porque son evidentes los cortes que se han producido en el epígrafe consecuencia del retalle de las dovelas que le sirven de soporte (fig. 17). ¿Hemos de pensar que hubo una puerta anterior de la que se reaprovechan partes para hacer una nueva o las piezas proceden de otra iglesia distinta?

La sacristía (A 1013) se construyó aprovechando el rincón exterior SE formado por el ábside y la nave (figs. 10 y 12). Fue completamente desmontada, a excepción de la primera hilada, en el transcurso de la restauración. Sus muros eran de piedra toba y esquinas de arenisca, intercalándose, según testimonios fiables, numerosas estelas funerarias de época medieval. Es probable que vengan de la zona en la que se levanta la sacristía que, por su proximidad al ábside, era un lugar apropiado para haber recibido enterramientos. El encuentro de los muros de la sacristía con los del ábside y pórtico se resuelve fundamentalmente con un adosamiento aunque no faltan huecos puntuales para enjarjes. La habitación se cubría con una bóveda nervada de crucería de sección ojival, con clave monolítica circular, que arrancaba de las cuatro esquinas de la estancia a partir de semicolumnas. También se practican rozas en los muros antiguos para apoyar los arcos fajones y formeros. La cubierta exterior era una capa de barro y tierra sobre el trasdós de la bóveda con tejas encima. Por esta razón no se hicieron mechinales para sostener tejados. Tras la erección de la sacristía la ventana S del ábside

## Líneas de texto cortadas al tallar las dovelas

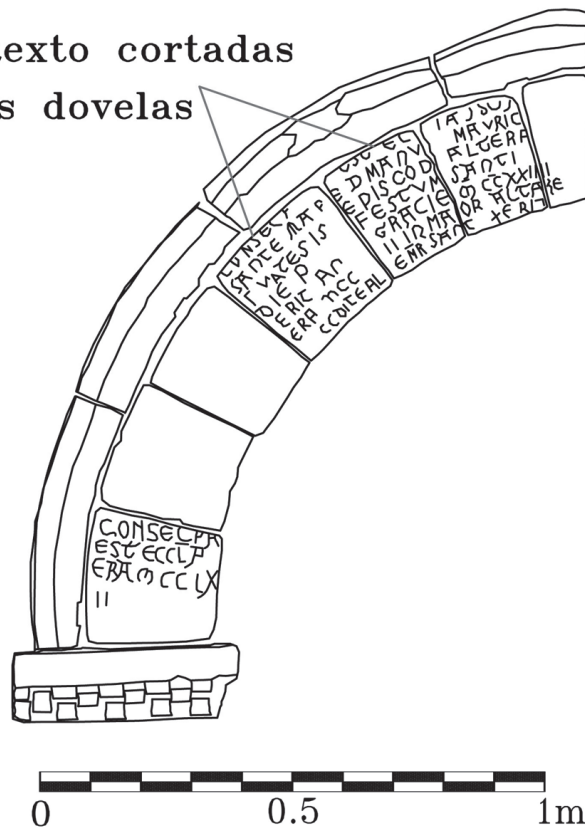


Fig. 17. Inscripción en la puerta Sur con parte del epígrafe cortado. Escala 1/15

quedo condenada. Para acceder al nuevo espacio fue necesario abrir una puerta desde el interior del presbiterio rompiendo su muro. Hoy en día el paso está tapiado (figs. 12 y 19).

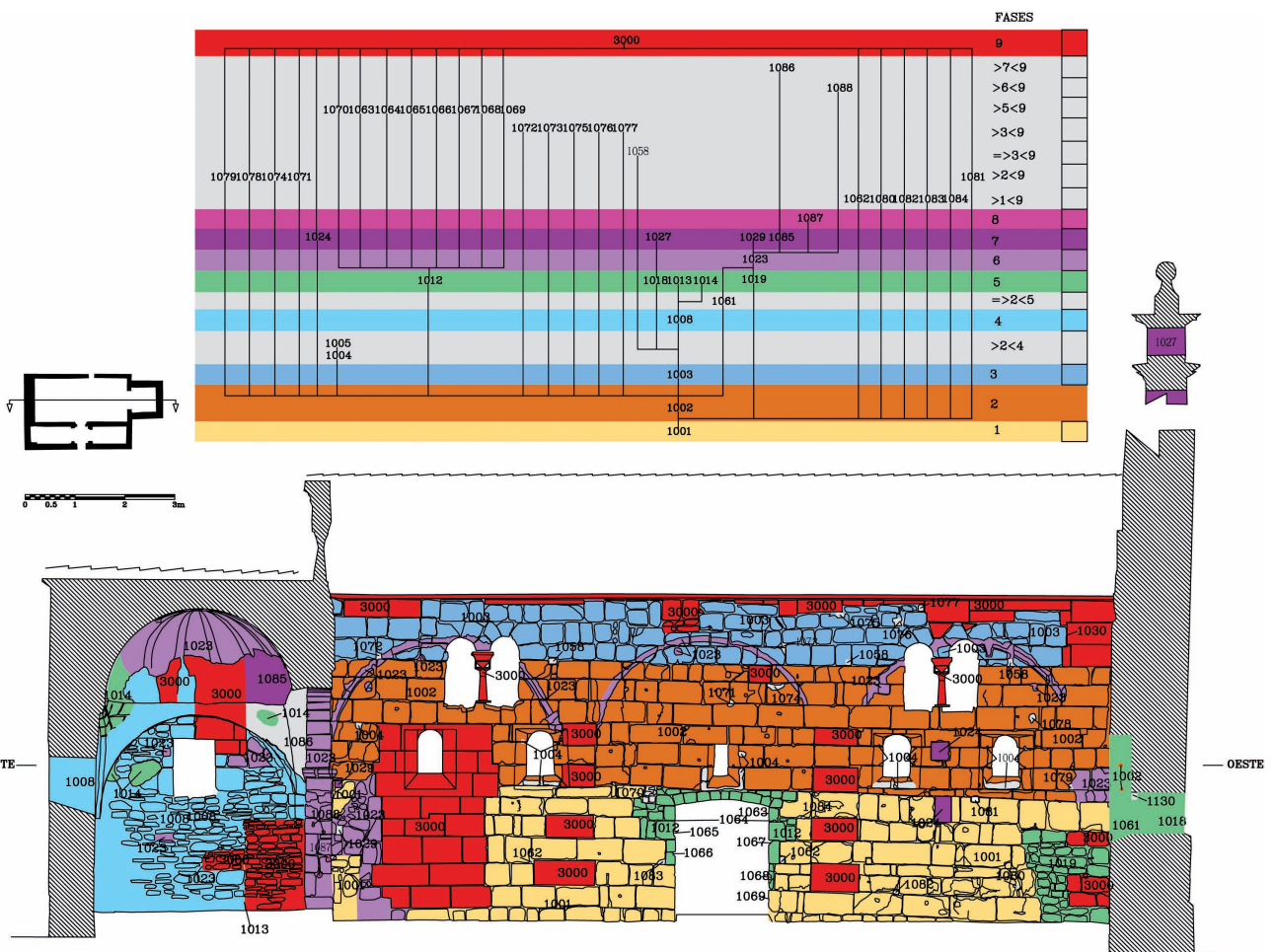
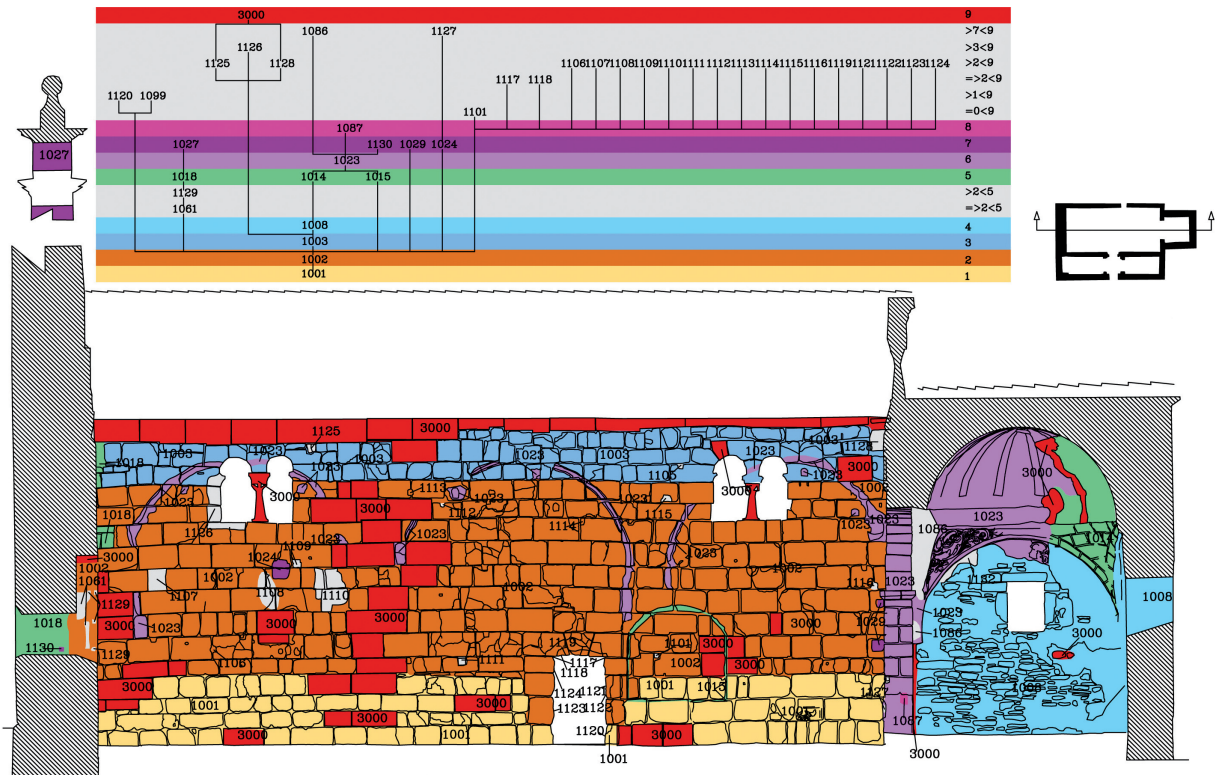
Las paredes del ábside reciben en esta fase una decoración pictórica (A 1014) a base de líneas de falso despiece de sillares ocupando las pechinas, de estrellas esquemáticas en el casquete de la cúpula y dos registros cromáticos planos (rojo el superior con restos de una inscripción de caracteres góticos y gris el inferior) en el muro del testero.

Se abre un arcosolio (A 1015) en la parte interna del muro N del aula, al E de la puerta (fig. 18). El paramento antiguo es recortado para formar un arco rebajado. Creemos que no debió tener carácter funerario habida cuenta de su estrechez, 38 cm, por lo que más bien parece destinado a funciones litúrgicas, tal vez albergue de un pequeño retablo.

La última actuación importante documentada en esta fase es la construcción de una espadaña a los pies de la iglesia (A 1018; figs. 11, 12, 14 y 21). Supuso el regruessamiento del muro occidental. La parte baja de la base de la espadaña en la esquina NO simplemente se adosa al

hastial pero, a partir de la séptima hilada, se rompe el paramento original para crear trabazones. En la esquina SO, en cambio, se empieza enjarjando por abajo, luego sigue un adosamiento y después vuelven a formarse adarajas. Hay algunas diferencias constructivas entre la parte superior e inferior sin que esto signifique que correspondan a etapas cronológicas distintas. La parte baja es de sillares de caliza y arenisca con alguna toba. La primera hilada sobresale de la vertical del muro formando zarpa. Sobre ella se encuentra una hilada con bloques de buen tamaño para, a partir de ahí, disminuir en volumen. En la parte alta, desde unas piezas de esquina molduradas triangularmente y con motivos decorativos muy perdidos, el paramento se compone de sillares predominantemente de toba. La diferencia de material puede achacarse a la búsqueda de solidez de la zona inferior y al aligeramiento de la estructura en la zona superior. El cuerpo de campanas se compone de dos vanos entre machones desmochados a raíz de un recrecido posterior (A 1027). Cuenta la espadaña con un vano estrecho rectangular con un abocinamiento hacia el interior y otra hacia exterior que en la pieza del dintel genera un corte semicircular. De esta forma la ventana más antigua que había en el muro O





Figs. 18 y 19. Secciones E-O hacia el Norte y el Sur. Escala 1/150

queda inutilizada en su mayor parte, reduciéndose notablemente la entrada de luz.

La fase 5 abarcaría cronológicamente desde el siglo XIII al siglo XV. Dentro de este intervalo temporal la puerta pudo ser la intervención más antigua y la sacristía y espadaña las más recientes.

### Fase 6 (A 1023): reformas renacentistas

Las actuaciones constructivas asociadas a este período supusieron una profunda transformación del aspecto interno del edificio. La nave fue dotada con unas nuevas bóvedas de arista realizadas en ladrillo tabicado que arrancaban desde gruesos pilares adosados a los muros del aula. La colocación de los pilares y arcos ha dejado profundas rozas en los cuatro muros de la nave (figs. 18 a 21). A resueltas de esto las ventanas altas quedaron ocultas y macizadas.

En el ábside se lleva a cabo una remodelación consistente en varias acciones. Se amplía su embocadura con la construcción de un nuevo arco con desarrollo en medio punto compuesto por dovelas de tamaño mediano hechas en piedra caliza y arenisca (fig. 20). La rosca es subrayada por una moldura sencilla. Creemos que el material empleado ha sido suministrado por las partes antiguas de la fábrica ahora desmontadas (parte del testero oriental). La altura del arco es mayor a la que tendría el vano del período 4, lo que ha supuesto tener que recortar la parte baja occidental de la cúpula para suavizar el escalón provocado. Al mismo tiempo se coloca un retablo algo

separado del muro E. Para afianzarlo se practicaron huecos en diferentes lugares de los muros N, S y cúpula. Condenada la ventana S con la construcción de la sacristía, se inutiliza ahora la E al colocar del retablo. La pérdida de iluminación, sólo con el vano N operativo, se subsanó con la apertura en la parte alta meridional de una nueva ventana por encima del nivel de la sacristía (fig. 19). La intervención en el ábside se completa con la aplicación de una decoración pictórica a base de motivos arquitectónicos y vegetales en las partes de la cúpula que todavía quedaban vistas tras colocar el retablo.

Otra reforma destacada del período 6 es la transformación de la habitación oriental del pórtico en una capilla conocida por el nombre del Santo Cristo, advocación que se debe a la talla allí colocada, un calvario, que puede venir del ábside (figs. 12 y 19). La comunicación de este ámbito con la iglesia es ahora magnificada con un arco de gran tamaño que significó la desaparición de una de las ventanas del cuerpo bajo. Dentro de lo que sería el nuevo espacio cultural, el antiguo vano meridional del pórtico es cegado y transformado en hornacina.

Cronológicamente ubicamos al período 6 en época renacentista, siglo XVI, debido a la tipología de las estructuras arquitectónicas y las características estilísticas de las pinturas del ábside y las esculturas del retablo.

Prácticamente todos los elementos descritos pertenecientes a esta fase fueron desmontados a resultas de la reciente restauración.

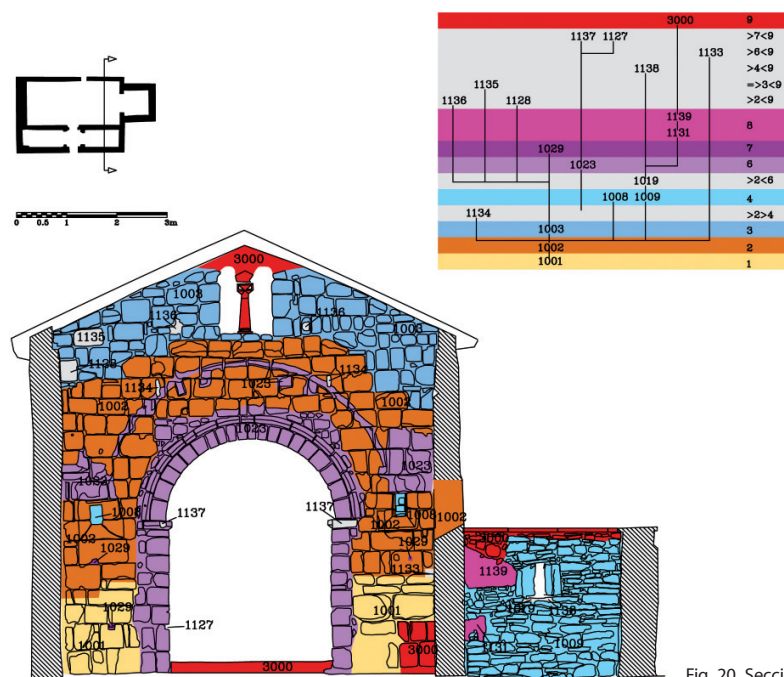


Fig. 20. Sección N-S hacia el Este. Escala 1/150

### Fase 7 (As 1024/7, 1029/32, 1035, 1085, 1130, 1148/9): reformas en época moderna

De todas las actividades enumeradas las que tuvieron mayor alcance fueron el recrecido de la espadaña (1027), la ampliación del pórtico (1030) y la colocación de un coro alto a los pies (1024/5).

La nueva espadaña consta de dos cuerpos (figs. 10 a 12 y 20). El inferior ofrece un paramento de sillería regular en sus caras O, N y S mientras que la E es de mampostería. Arranca apoyándose en la espadaña antigua previamente desmochada hasta el cuerpo de campanas, cuyos vanos sirven ahora de llaves constructivas. En este tramo bajo se abren dos amplios arcos de medio punto. El segundo cuerpo está hecho íntegramente en sillería. Posee aletas semicirculares y se remata con un frontón curvo. En los extremos de las aletas y sobre el frontón hay unos pináculos de tipo herreriano con las características bolas. Cuenta la parte alta con un arco semicircular semejante a los ya vistos y un óculo cobijado por el frontón.

El recrecido del campanario lo tenemos datado gracias una inscripción ubicada en el muro O que nos da cuenta del evento en el año 1699.

La ampliación del pórtico (A 1030) significó el derribo de su muro de poniente para llevarlo hasta la nueva es-

quina resultado del regruessamiento de la espadaña (figs. 14 y 21). El nuevo muro tiene un cierto parecido con el antiguo pero es bastante más desordenado en su aparejo, mezclándose lajas de esquisto, arenisca, toba y conglomerado. Se aglutina con abundante mortero de color ocre compuesto por cal y pequeñas piedras de río. La esquina, a imitación de la existente, se refuerza con sillería. Las caras que dan al interior del pórtico muestran un escalonamiento en la zona baja, una especie de banquetta de fábrica. Contaba este muro con una puerta hacia la zona occidental, junto a la esquina. Este paso no pretendía comunicar la habitación del pórtico con el exterior sino que desde allí partía un tiro de escalera de armazón de madera que conducía a una caseta colgada en el muro E del campanario. Hemos de suponer que a partir de esos momentos la actividad que se desarrollaba en la habitación afectada, el baptisterio, quedó interrumpida. El acceso al campanario también causó la apertura de un vano en la parte alta del muro de la nave.

Dentro de la nave, en los pies, se levantó un coro alto (A 1024) hecho en madera del que han quedado las huellas simétricas en los muros N y S de su forjado y pasamanos (figs. 18 y 19). Para iluminar a los allí congregados se abrió una ventana (A 1025) en el muro E rompiendo tanto el muro antiguo como el de la primera espadaña.

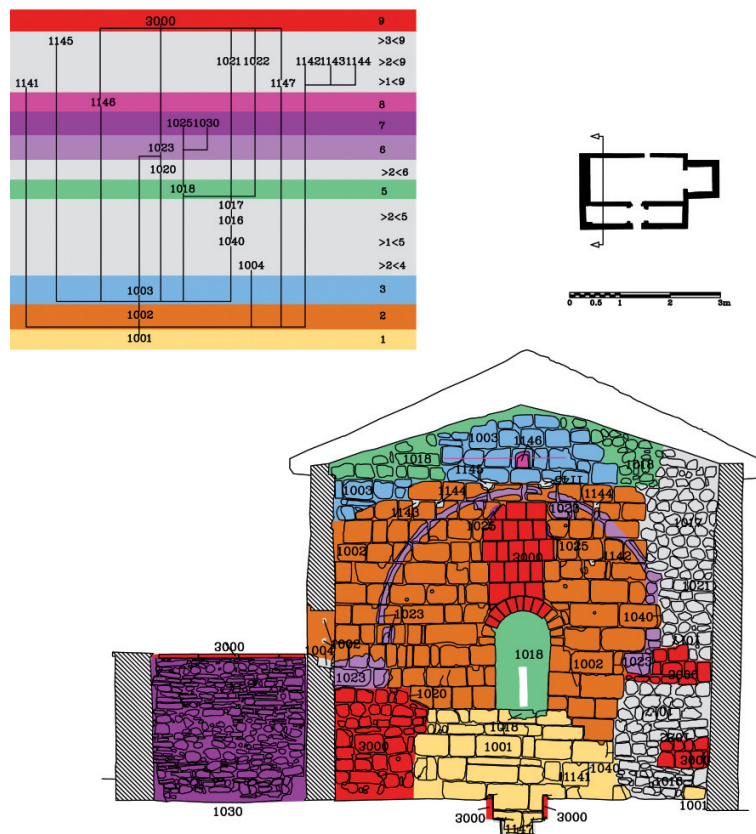


Fig. 21. Sección N-S hacia el Oeste. Escala 1/150



Otras intervenciones de esta fase pero con menor repercusión constructiva son: la hornacina abierta en la cara exterior del muro E del pórtico (A 1028; fig. 10), convertido tiempo atrás en parte de la sacristía; los anclajes para retablos pequeños que flanqueaban la embocadura del ábside (A 1029; fig. 20); la destrucción y cegado de la ventana localizada al E de la puerta del pórtico (A 1031; fig. 13); un enfoscado rosado en el ábside (A 1085; fig. 19); el chaflán de la esquina SE del pórtico (A 1149; fig. 10).

Todas estas actividades se iniciarían a finales del siglo XVII, fecha de la segunda espadaña, y tendrían continuidad a lo largo del siglo XVIII.

### **Fase 8 (As 1036, 1038, 1087, 1131, 1146, 1152, 1156): últimas reformas históricas**

Las últimas actuaciones en el edificio han sido por regla general de poca envergadura, a excepción de la sustitución de la caseta colgada en el campanario por otra de ladrillo y viguetas de hormigón (A 1146). El resto de actividades son las siguientes: cegamiento de la puerta de acceso al campanario desde el exterior (A 1036, fig. 13), lo que significó que la subida de las escaleras partiese ahora del baptisterio; hornacina para óleos en el baptisterio (A 1038; fig. 12); cierres para verjas en las jambas del arco de acceso al ábside (A 1087; fig. 20); reparación con cemento de la parte baja de la esquina SE del pórtico (A 1131; fig. 10) y saneamiento de la misma (A 1156); parche de adobe en la cara interna del muro S del pórtico (A 1139); desprendimiento de parte del muro S del pórtico (A 1152; fig. 13).

Estas acciones tuvieron lugar en el transcurso de los siglos XIX y XX justo hasta el momento de abandono del edificio.

### **Fase 9 (A 3000): la restauración**

En fechas cercanas el edificio sufrió un voraz incendio que consumió la cubierta de madera y afectó seriamente a las bóvedas renacentistas. A partir de ese momento la iglesia deja de funcionar, entrando en un proceso de abandono que se salda con la ruina del muro N de la nave, arrastrando en su caída lo que quedaba de las bóvedas. Por tanto hemos de considerar una fase de ruina que nosotros no hemos querido periodizar porque la interfaz de la restauración la ha hecho desaparecer estratigráficamente. Abandonada la fábrica a su suerte se puso fin a su calamitoso estado gracias a una intervención restauradora dirigida por el arquitecto Antonio de la Fuente (Aparico y de la Fuente, 1996).

La rehabilitación no sólo supuso reparar lo arrumbado (anastilosis del muro N), también se actuó en las partes

conservadas siguiendo un criterio en el que primó la significación de las partes más antiguas del edificio en detrimento de los añadidos posteriores que las enmascaban (todos los planos, figs. 9 a 14 y 18 a 21). De esta forma se eliminaron varias estructuras. En el ábside se desmontó el retablo, se quitaron los cierres de su ingreso y se cegaron los vanos de la puerta de la sacristía y la ventana alta. En la nave se prescindió de todo el sistema de las bóvedas de crucería, prácticamente ya perdidas. Es colocada una nueva cubierta a dos aguas de madera y son destaponadas todas las ventanas cegadas, altas y bajas. Los soportes de los vanos geminados, una vez recuperados y para poder preservarlos, fueron sustituidos por otros modernos. El paso a la capilla del Santo Cristo es cerrado y se recrea la ventana desaparecida del cuerpo de luces inferior siguiendo el modelo de las existentes. Es cegada igualmente la ventana que iluminaba el coro alto. En el pórtico se recorta el muro hasta llevarlo a su altura actual, eliminándose así los recrecidos que ocultaban al muro S de la nave. Al mismo tiempo son derribadas las tabicaciones internas de las diferentes habitaciones. En el campanario se prescindió de la moderna caseta colgada así como de su acceso. Por último, la sacristía es desmontada hasta su nivel más bajo dejando expedito el muro meridional del ábside.

### **INTERPRETACIÓN, DISCUSIÓN Y PROPUESTAS CRONOLÓGICAS DE LAS FASES PRERROMÁNICAS**

Tras la exposición de los resultados del registro arqueológico basado en la estratigrafía, que significa una deconstrucción del edificio de la que se obtiene una secuencia relativa de las diferentes acciones que han supuesto cambios en la fábrica desde el momento fundacional hasta finales del siglo XX, pasamos a continuación a la construcción de un discurso histórico en el que explicar y enmarcar los resultados de la observación. Como se dice en el epígrafe, tan sólo vamos a referirnos a las fases prerrománicas, por ser éstas de especial relevancia en el contexto de la discutida caracterización de la arquitectura peninsular entre los siglos VI y XI.

#### **Cuatro fases; dos edificios**

Una vez conocidos los datos y la forma en que han sido expuestos (se ofrece una secuencia de cuatro fases constructivas distintas) la pregunta inevitable es si cabe hablar de cuatro iglesias distintas. La respuesta es no. Pensamos que tan sólo hay dos edificios. Pero antes de explicar y argumentar por qué defendemos esta idea tal vez alguien esté pensando que, si al final, hay dos iglesias por qué no se han reducido a dos las fases de la secuencia. En efecto,

podría haberse hecho, pero no olvidemos lo que decíamos al comienzo de este apartado. La estratigrafía descompone el edificio formando redes interconectadas de soluciones de continuidad que individualizan acciones concretas, positivas o negativas. Pues bien, desde la aplicación ordinaria del método se pueden individualizar cuatro acciones específicas relevantes prerrománicas. Lo que no dice el método es cuántos edificios distintos hay en relación a los cuatro eventos definidos. Eso es lo que toca hacer en el presente capítulo.

Como hemos adelantado, nuestra interpretación del registro nos lleva a proponer la existencia de una iglesia primigenia (a la que llamaremos a partir de ahora la Asunción I) que, en un momento histórico posterior, experimenta una importante reforma que va a cambiar sustancialmente su aspecto primitivo (la Asunción II). Las llamadas fases 1 y 2 de la periodización son los restos de la Asunción I mientras que las fases 3 y 4 corresponden a la Asunción II.

La Asunción I fue un edificio que necesitó dos impulsos edilicios distintos para poder ser culminado (la fase 1 y la fase 2). Nos encontramos con una iglesia de nueva fundación que va erigiéndose de forma homogénea. Pero, a partir de cierto punto definido por una solución de continuidad, la forma en la que prosigue el muro hacia arriba presenta características distintivas en algunos aspectos (proporciones en el tipo de piedra empleada, mechinales, tallas) respecto a la parte baja. Esto nos enfrenta a una disyuntiva: o bien durante las obras se produjo un relevo de equipos de trabajo, lo que dejaría la cosa en una fase de obra, o bien el trabajo quedó interrumpido y, pasado algún tiempo, otra cuadrilla lo reanuda. Sea cual sea la respuesta parece sensato pensar en la inmediatez temporal entre la fases 1 y 2, incluso tratándose de un escenario en el que la obra quedó temporalmente parada. Las diferencias entre las fases 1 y 2 no dejan de ser variantes tipológicas (subtipos al fin de al cabo) dentro de un marco tecnológico que es común a ambas. Creemos que una y otra pertenecen a un mismo ciclo productivo: el reempleo de sillería como estrategia constructiva, la forma de aparejar los bloques, el uso de mechinales tallados. Las diferencias, por tanto, vienen dadas más por prosaicas rutinas de obreros y capataces que por renovaciones en la forma de construir. Tengamos en cuenta además que la fase 2 no hace otra cosa que asumir el proyecto anterior culminándolo en unos términos en todo semejantes a los que estaban planeados en origen. Esto es así en lo espacio/funcional ya que el trazado primitivo que definía ábside, aula y pórtico no se alteran en absoluto. Parece también asumirse el complejo

juego de puertas original, por lo que el sentido que tenían en la fase 1 sigue siendo el mismo en la fase 2, de nuevo indicio de proximidad en el tiempo. Qué pudo provocar primero un parón de las obras y, después, una reanudación de las mismas es algo que se nos escapa. En arqueología lo que se registra son los efectos de acciones a partir de las cuales intentamos buscar las causas que las provocaron. En el presente caso no somos capaces de ofrecer una causa concreta que pueda hacerse pasar por más convincente que otras. No hay forma de saber si la solución de continuidad arqueológica se debe a una circunstancia que tiene que ver con los que promuevan la obra o con los que la están realizando.

De lo que sí estamos bastante más seguros es que, cuando estuvo terminado el edificio de la Asunción I, lo que se había construido era una iglesia. No compartimos las dudas planteadas por Aparicio respecto a la posibilidad de que el ábside no formara parte del proyecto original sino que fuera enchufado, en una fase posterior, a un edificio rectangular de uso civil (no religioso). Las características de los restos del ábside primitivo que encuentra en excavación son coherentes en lo técnico, constructivo y espacio/funcional con la obra del aula. En el proceso de excavación se vio cómo las fosas de desmonte del primer ábside fueron colmatadas por un relleno que incluía abundantes cascotes de piedra toba (Aparicio, 1996: 158). Planteamos la hipótesis de que esta toba venga de la cubierta original del presbiterio y que ésta hubiera sido una cúpula sobre pechinas. Por una parte está la propia piedra toba, material siempre usado a la hora de armar estas cúpulas. Por otra parte está el trazado geométrico del ábside: una estructura tendente a la cuadratura, típica de las estancias cubiertas con bóvedas de pechinas, las cuales son las que permiten pasar del cuadrado al círculo.

La Asunción I, como edificio acabado y operativo, se enfrenta en poco tiempo a un problema derivado de lo que parece una incorrecta planificación. Ya se ha dicho que existen suficientes pruebas para sostener que el primer edificio tenía un pórtico en el S. El problema del que hablábamos viene dado por la escasa altura en la que están abiertas las ventanas del muro meridional del aula. Esta ubicación por fuerza tuvo que condenarlas total o parcialmente por la cubierta del pórtico, por mucho que la bajemos. De nuevo estamos ante un efecto (conflicto entre ventanas y pórtico) del que se nos escapan sus causas (¿mala planificación?, ¿cambio de planes cuando ya no era posible rectificar lo anterior?). El caso es que desde el primer día la iglesia estuvo privada de buena parte de la luz que estaba prevista. En el aula sólo quedó plenamente

operativo el vano occidental. Esto explicaría la radical iniciativa de abrir en labor de zapa dos nuevas ventanas, perforando de lado a lado el muro oriental. Como se verá, el asunto de la iluminación del templo también se hace presente en la Asunción II.

¿La tumba privilegiada que se encuentra a los pies de la iglesia fue hecha y usada con la Asunción I? Desde un punto de vista estratigráfico la tumba se adosa al muro de la iglesia por lo que, cuando se ejecuta, ya estaba construido. En otras palabras, sin más datos por ahora, la tumba se hace en un edificio seguramente acabado, pero es imposible determinar el tiempo transcurrido entre una y otra acción. Desde luego, si no fue realizada en la Asunción I lo fue en la Asunción II ante la dificultad para asumir este tipo de enterramiento en horizontes históricos posteriores (plenomedievales en adelante). Nosotros encontramos plausible que el enterramiento se vincule con el primer edificio. Las características materiales y simbólicas de la tumba trascienden al hecho de que una persona se esté inhumando sin más en un espacio sagrado. Quien estaba allí enterrado pudo ser el promotor y fundador del establecimiento, lo que no descarta la posibilidad de que el sujeto de la acción sea en el fondo colectivo (grupo familiar preeminente con intereses y alianzas en la zona). Pero este uso como panteón no debió ser la razón primordial que animó su construcción. Lo normal es que el templo se proyectara fuera de sus muros y formara parte de una realidad territorial y social en la que habitan personas y se obtienen recursos. La iglesia vendría a ser la clave de bóveda material y simbólica de este sistema. De la Asunción I sabemos que 1) se levanta en un solar que no tenía una iglesia más antigua y 2) es una iniciativa que se puede personalizar en un personaje sin nombre tras el que puede haber una trama de alianzas y clientelas. Una fundación *ex novo* por parte de una persona con poder y capacidad para poner en marcha una empresa edilicia de corte monumental. El abad Avito de Tobillas (Álava) podría ser un personaje de estas características, no el único, que tiene vinculación justamente con otro edificio del grupo arquitectónico (Azkarate, 1995; Sánchez Zufiaurre, 2007: 206-219). Avito, constructor de la primera fase altomedieval documentada (Tobillas I), encaja en este perfil que podemos reconstruir a partir de la documentación escrita y arqueológica. Esto no puede hacer automáticamente a la Asunción I un monasterio y, a la persona inhumada, su abad fundador. No lo sabemos y nada nos saca de dudas. En San Román de Tobillas, San Pedro el Viejo de Arlanza y Quintanilla de las Viñas hay datos suficientes para saber que se trataba de monasterios. El resto, incluida la Asun-

ción, no cuenta con ninguna información directa referida a sus primeros siglos de vida. Por el momento sólo podemos hablar de una tendencia y no de una regla. Tendencia que desde luego se respalda con las abundantes menciones a monasterios de nuevo cuño en esta región durante los siglos IX y X.

La iglesia de la Asunción II es el resultado de las fases 3 y 4 de la secuencia. La situación es distinta respecto a lo ocurrido en la Asunción I, donde las dos fases que la conforman son entidades individualizables hechas en distintos momentos (cercaños) por distintas manos. Ahora, las fases 3 y 4 son consideradas coetáneas, ejecutadas a un tiempo por el mismo equipo de trabajo. Cuando se emprenden las obras de la Asunción II no se está actuando en una fábrica deteriorada o con problemas estructurales que obligaran a intervenir de forma urgente. Estratigráficamente, entre los que nosotros consideramos Asunción I y Asunción II, no aparecen indicios de ruina salvo los que provoca la obra de ampliación. En efecto, se trata de una ampliación a lo alto (recrecido del aula), a lo largo (nuevo ábside de mayores dimensiones) y a lo ancho (nuevo pórtico meridional). De todas maneras, más allá de esta propuesta proyectiva, tiene que haber algún dato arqueológico que relacione dos fábricas notoriamente distintas: la de sillería del recrecido y la de mampostería de lajas de ábside y pórtico. En efecto, existe uno que otorga identidad tipológica, lo que no significa que haga tipológicamente iguales un muro de sillería y otro de mampostería sino que nos dice que el mismo equipo de operarios ha hecho uno y otro. Dicha identidad tipológica viene dada por la comparación de las ventanas geminadas con las ventanas que flanqueaban la entrada del pórtico (sólo se conserva la occidental). Dejando a un lado que las del aula son geminadas, la forma en que están hechas y aparejadas las dovelas así como las impostas de las que arrancan los arcos son en todo semejantes a las del pórtico. Han sido hechas siguiendo idénticas rutinas productivas. En su momento, cuando nos planteábamos la posibilidad de que las fases 3 y 4 fueran de momentos distintos, lo único que podría explicar la identidad tipológica de las ventanas era una solución *ad hoc*: en la fase 4 se reutilizaron ventanas de la fase 3 previa. No hay ningún dato positivo que lo avale. Todas las ventanas originales de la fase 3 se conservan y están en su sitio, por lo que nos quedamos sin lugares de donde traer el material de reemplazo. Por otra parte, la irregularidad con las que están hechos los arcos, con piezas dispares en tamaño y forma, no justifica un interés por volver a recrearlos y además sería francamente difícil que su aspecto fuera idéntico.



La combinación de técnicas y materiales distintos en una misma obra, aparte de no ser nada extraordinario, debe entenderse como un recurso productivo. A la vista de la forma en que se ejecuta, en conjunto, la obra de la Asunción II se observa que este grupo de trabajo está más cerca de la albañilería que de la cantería. Cuando construyen desde los cimientos ábside y pórtico se erigen fábricas de mampostería en las que el uso de la sillería y por tanto la necesidad de una especialización en la cantería se limita a elementos singulares. Los encadenados de las esquinas son bloques meramente reutilizados a los que no se somete a transformaciones. En cuanto a los arcos de las ventanas altas ya hemos visto la falta absoluta de regularidad en la forma y tamaño de las dovelas, síntoma de que el empleo de la piedra (mampuestos aparte) en el contexto productivo de este taller es un recurso puntual y no una especialización. Esta circunstancia se pone de manifiesto en el recrecido del aula hecho a base de sillares reutilizados cuyos resultados tienen poco que ver con las obras de sillería vistas en la Asunción I. En el recrecido las piedras reaprovechadas ya estaban muy rodadas antes de usarlas y se aparejan más como grandes mampuestos que como sillares. Las juntas son de gran grosor y no se siguen hiladas, lo que da lugar a un aspecto desconcertado. ¿Por qué no se hizo el realzado con la misma técnica de mampostería de lajas que es el principal recurso constructivo del taller? La respuesta puede venir dada por la conjunción de dos factores, uno estructural y otro estético. El ancho del muro del aula es de 50 cm, sensiblemente más estrecho que el de los muros levantados en mampostería desde los cimientos, que es de 85 cm. Es cierto que sobre una superficie de 50 cm se puede levantar un muro tipológicamente idéntico a los de ábside y pórtico. La cuestión es si un muro de esas características, con esa anchura, puede tener o no problemas estructurales a tenor de su función. El realzado, al final, debía recibir el empuje de una cubierta que, aunque de madera, debía ser bastante aparatosa en virtud del espacio a cubrir. Haber levantado en mampostería, sobre la fábrica de sillería anterior, la parte alta del muro donde descansará la armadura del tejado podría suponer la creación de una línea de debilidad estructural en la transición de los esfuerzos mecánicos entre fábricas de naturaleza distinta. Por otro lado estaría el elemento estético. Recrecer empleando sillares, aunque sin la misma pericia que en la fase anterior, ofrece un aspecto final más armónico con lo que hay debajo que si se hubiera hecho con mampostería de lajas.

La coherencia proyectual se une al argumento arqueológico a la hora de considerar coetáneos el recrecido, el

ábside y el pórtico. Como se decía más arriba estamos ante un proyecto de ampliación integral del edificio en el que aparte de renovar su aspecto se da solución a algún problema que adolecía la iglesia primitiva. El problema aludido es el de la falta de entrada de luz natural. Las ventanas del sur, por estar muy abajo, vieron comprometida su función por la presencia del pórtico meridional antiguo. Por si fuera poco, ahora, con la construcción del nuevo ábside iban a quedar condenadas las ventanas de «emergencia» que tuvieron que ser abiertas para compensar la pérdida lumínica. El recrecido ponía fin a los problemas porque incorpora cinco nuevos puntos de luz con los que se tiene cuidado de no reeditar episodios de conflictos entre estructuras. En efecto, el nuevo pórtico se relaciona con el muro sur de tal forma que las nuevas ventanas del aula quedan libres de cualquier posible obstáculo. El cuerpo central del pórtico ganaba mayor altura que el resto, alcanzando el nivel de las ventanas altas tal como nos indica una impronta conservada, pero viniendo a caer justo entre los dos vanos para así evitar cualquier afección. Dicho de otra forma, recrecido y nuevo pórtico estuvieron al mismo tiempo en la cabeza de los que proyectaron y ejecutaron la obra.

El nuevo ábside se cubre con una cúpula sobre pechinas, lo que hace que este elemento sea el segundo de estas características en la historia de la iglesia. Nos parece relevante esta reincidencia por varios aspectos. Por una parte porque la aparición, en un periodo posterior, del mismo elemento arquitectónico nos indica la existencia de una cadena productiva vigente durante varias generaciones en la que dicho elemento tiene presencia. Por otra parte, porque se demuestra que su confección puede hacerse desde la especialización en el trabajo tanto de la sillería como de la albañilería. Las cúpulas sobre pechinas de los edificios de los que hablamos aparecen tanto asociadas a fábricas de sillería (la Asunción I, Tobillas I, Quintanilla, entre otras) como de mampostería (Barriosuso, la Asunción II), siendo siempre idéntica su elaboración: arranque en piedra de las pechinas para pasar a anillos consecutivos de pequeños bloques de piedra toba cortada a sierra que se aparejan horizontalmente por aproximación de hiladas y no como si fueran piezas adoveladas. Lo único que exigen estas livianas bóvedas sobre pechinas es que los muros en los que tienen que apoyar, sean de sillares o de mampuestos, definan un espacio cuadrangular a cubrir.

La Asunción II aporta un sistema decorativo en forma escultórica. Dejando a un lado la cornisa del ábside a base de piezas reutilizadas, que no obstante forma parte del sistema decorativo en conjunto, están los famosos capiteles

de las ventanas superiores. Por los argumentos esgrimidos en su momento coincidimos con Aparicio en considerar estas piezas material original antes que material de expolio, como hacen Pérez y Rodríguez. Lo que nos plantea dudas es el marco de análisis a la hora de buscar filiaciones artísticas y cronologías. En el marco comparativo en cuestión, que toma como referencia producciones escultóricas del sur de Francia, las piezas burgalesas se presentan como objetos directamente manufacturados en territorios aquitanos o que, incluso, han podido ser realizados por escultores venidos del otro lado de los Pirineos. Las prevenciones vienen en primer lugar derivadas de la propia historiografía francesa. Admitimos que no hemos revisado toda la literatura científica al respecto sino que hemos reducido la pesquisa a una serie de trabajos relevantes (Cabanot, 1990 y 1993; Février, 1991; Hubert, 1968). Como lectores periféricos percibimos, en la investigación francesa, problemas de definición cronológica que nos son muy familiares. También nos resulta conocido un escenario por el que deambula un abultado número de piezas (más de 700 en el mediodía francés) que están descontextualizadas arqueológicamente, por lo que los análisis se convierten en mareantes juegos de analogías en los que cada uno decide cuándo el parecido se hace paralelo. Las fechas que se manejan se mueven entre los siglos V y VII, con alguna propuesta como la de Cabanot, que considera que estos capiteles estarían haciéndose desde el siglo IV, por lo que el hecho de que se consideren de época merovingia se debe a una cuestión de reaprovechamiento y no de originalidad.

Cuando Aparicio aboga por una conexión francesa de la Asunción aporta pruebas en forma de dos capiteles con razonables analogías: un capitel en situación de reutilización en el baptisterio de San Juan Poitiers y otro capitel conservado en el museo de Saint-Sever, por tanto sin contexto. ¿Qué los hace de los siglos VI o VII? En nuestra opinión, que haya un modelo explicativo que de tanto girar sobre sí mismo ha provocado un torbellino que todo lo va absorbiendo. Ser capiteles de mármol, encontrarse en el sur del país y tener unas características estilísticas postclásicas ponen en bandeja al modelo establecido proclamar su adscripción a lo que parece fue una frenética producción escultórica en la región durante los siglos V al VII. A veces parece que estos talleres aquitanos eran los que provocaban que se construyesen los edificios. Habrá que explicar en primer lugar qué sucesión de circunstancias, a lo largo de tres siglos, propició una constante actividad edilicia que sostenía y demandaba la existencia de talleres y no al revés. Hecho este inciso, ¿qué representan los

capiteles franceses paralelizables con la Asunción en el magmático mundo de los productos aquitanos? Si Aparicio habla de dos es que no ha encontrado más, lo que significa una parte muy modesta en el monto total, igual de modesta que cuando hablamos de los capiteles burgaleses en el concierto hispano. Estén donde estén las bases formativas y los canales de transmisión que explican estos capiteles de uno y otro lado de los Pirineos su número, a día de hoy, es discreto. En realidad es algo menos discreto en el caso español ya que, con los cinco capiteles de la Asunción más el capitel procedente de San Felices de Oca, Burgos cuenta con más piezas de este tipo que todo el sudoeste de la Galia. En lo tocante a que los capiteles de la Asunción fueran hechos directamente en Aquitania o bien por operarios formados allí que tienen una especie de taller satélite instalado en el norte peninsular nosotros más bien nos inclinamos por considerarlos productos locales o regionales. Estamos de acuerdo con Aparicio en que se trata de un encargo que debía ajustarse al proyecto integral de las reformas. Se buscaba obtener unas piezas de ciertas calidades materiales (mármol), con unas dimensiones ajustadas a la obra y con un contenido estético e iconográfico. Cuesta creer que los promotores de la Asunción II se fueran a hacer el encargo hasta las lejanas tierras aquitanas. La promoción de la obra quedaría supeditada a la suerte de una expedición que iría hasta Francia, esperarían allí hasta que despacharan el encargo y volverían con las piezas a casa. Otra opción es que todo este lote formara parte de exportaciones a ciegas en las que los compradores de otras latitudes tienen que apañárselas y supeditar sus proyectos a la naturaleza de las piezas que están en circulación. La clave para nosotros se encuentra en el capitel procedente de Villafranca de Montes de Oca (fig. 22)<sup>5</sup>. Fue recogido por Huidobro en la llamada ermita de Santa María, que no es otra que la arruinada iglesia de San Felices de Oca cercana a la localidad de Villafranca. Entrega Huidobro el capitel al Museo de Burgos en 1951 siendo Basilio Osaba el encargado de hacer su ficha para las Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales (1951, vol. XI: 160-161). Lo que queremos destacar es su alusión al material pétreo de la pieza. «Es de piedra del país», dice Osaba (1951: 160). A pesar de lo escueto esta frase dice bastante. Cuando dice piedra del país tiene que estar refiriéndose a una caliza, piedra mayoritaria en la Meseta, y no a un mármol pues lo hubiera consignado. En otras palabras, capiteles asimilables a los de la Asunción se tallan en piedra local y por

<sup>5</sup> Agradecemos al Museo de Burgos, en la persona de su directora Marta Negro Cobo, el habernos facilitado la imagen digital del capitel.



Fig. 22. Capitel procedente de San Felices de Oca (foto Museo de Burgos)

tanto se han tenido que facturar en un entorno cercano. De esta forma, el que los capiteles de la Asunción sean de mármol deja de ser argumento para pensar que son piezas aquitanas. Si se labran sobre caliza se pueden labrar sobre mármol. La pieza de San Felices, debido a sus dimensiones, sería un capitel del parteluz de una ventana como apunta Osaba (1951: 161), propuesta que queda plenamente corroborada con los capiteles de las ventanas de la Asunción. Por el momento, con todas las prevenciones a las que obliga un tan reducido número de ejemplos, parece que este tipo de capitel se emplea para un uso concreto, el de formar parte de unos vanos complejos (bíforos o tríforos).

Tras todo lo dicho el marco de análisis para el estudio de los capiteles de la Asunción II toma una nueva perspectiva. Las vinculaciones con algunos productos del sur de Francia deben entenderse de otra forma, empezando por preguntarnos si en realidad el flujo de la influencia es de Norte a Sur y no al revés. Al mismo tiempo está el asunto de las cronologías. Mientras que las piezas francesas son objetos fuera de su contexto original, en la Asunción los tenemos en su posición arqueológica primigenia. Esto quiere decir que será más factible, en el segundo caso, proponer cronologías a partir del análisis de todos los elementos vinculados a las obras en las que aparecen los capiteles (tipo de fábrica, elementos singulares como las bóvedas, la epigrafía, la posición estratigráfica respecto a otras fases). Los resultados obtenidos en la Asunción podrán ser tomados de forma orientativa a la hora de proponer cronologías de piezas con las que guarde paralelismos pero tienen desubicación arqueológica, como es el caso de las francesas. Quede claro que lo que se pueda deducir del ejemplo burgalés no compromete, en extenso, a la abultada producción escultórica aquitana sino a una

muy pequeña parte de ella. Lo que sí parece venir a demostrar es que la historiografía ha hecho de dicha producción un enorme cajón de sastre al que han ido a parar objetos de muy diversa naturaleza, características y cronologías que necesitan buscar una ordenación que supere los estrechos márgenes de los estudios estilísticos.

La Asunción II, para concluir, es el resultado de un éxito. El éxito de un centro de poder implantado en ese mismo lugar (la Asunción I) algunas generaciones atrás. En efecto, los continuadores de la acción de ese poder sobre territorios y personas han acumulado beneficios que se invierten en dar mayor magnificencia al inmueble insignia y símbolo del sistema, la iglesia. De nuevo San Román de Tobillas nos puede servir como referencia para ilustrar lo ocurrido en la Asunción. El templo alavés experimenta una importante reforma impulsada por el presbítero Vigila de la que nos da cuenta una inscripción, con fecha de 939, cuyo alcance material ha quedado definido por la arqueología. La inscripción se encontraba sita en la obra que impulsó Vigila, consistente en la sustitución del aula de Tobillas I por otra de tamaño algo mayor y con una orientación algo distinta. Se hace ahora una fábrica a base de sillería de primer uso (no reemplazo) con un aparejo muy regular y ajustado en juntas. En Tobillas II, frente a la Asunción II, la parte intervenida que provoca la total sustitución de lo que existía anteriormente es el aula y no el ábside, si bien lo que parece animar uno y otro proyecto es el deseo de magnificar el edificio. Vigila de Tobillas, posible miembro de la familia condal alavesa (Larrea, 2007: 330), es un personaje relevante en la historia del monasterio contribuyendo al aumento de sus propiedades e influencia regional. Encontramos a este Vigila, por ejemplo, formando parte de un tribunal que se reúne en alguna localidad del valle del río Tirón, el mismo por cierto en el que se enclava la localidad de San Vicente del Valle. Nada nos dice que Vigila hubiera tenido una relación directa con la Asunción ni que su acción edilicia en Tobillas sirva para fechar la Asunción II. Tipológicamente, además, son distintas: frente a la preeminencia de las técnicas de albañilería en la Asunción II, la cuadrilla de Tobillas II usa la cantería como principal recurso y estrategia constructiva. Nos falta por el momento cualquier dato externo al edificio que permita extraer referencias a fechas y personas involucradas en la Asunción II.

### Propuestas y discusiones cronológicas

Como ya se ha repetido en más ocasiones, el marco comparativo en el que tratar de explicar y comprender las iglesias de la Asunción viene dado por su pertenencia a una



un grupo arquitectónico coherente. Esta coherencia en lo técnico y productivo, con sus variables, debe significar también una coherencia en lo histórico: todo el conjunto debe moverse en unas coordenadas temporales en las cuales la promoción y la producción arquitectónica se desarrolla en ambientes que dan lugar a productos similares. Es del todo improbable que un ambiente de este tipo haya tenido vigencia desde el siglo VI hasta el siglo X habida cuenta de que, en tan largo período, se han producido circunstancias que nos hablan de soluciones de continuidad histórica tales como el fin de la monarquía visigoda y la irrupción de poderes exógenos islámicos. La Meseta castellana, en términos históricos, no presenta situaciones equiparables de promoción y producción monumental a lo largo de esos siglos. Admitámoslo, todas estas iglesias o fueron construidas antes del 711 o después de él, nunca en ambos lados como se desprende de cierta historiografía. La tesis continuista ofrece una explicación en la que se contempla este recorrido multisecular desde la tardoantigüedad hasta la alta edad media apelando a una suerte de renacimiento, tras el paréntesis despoblacionista, en el que se copian con tanto tino los edificios visigodos que no hay forma de distinguir con solvencia los originales de las copias. Esta es la verdadera razón, para el continuismo, por la que muchas veces nos enfrascamos en estériles discusiones sobre la cronología de ciertos objetos cuando todo tendría solución y explicación dejando las cosas como están. A la luz de este modelo comprensivo estaríamos ante un curioso caso en la Historia Universal del Arte: que un renacimiento o un neoligo (en este caso un neovisigotismo) presente serias dudas a la hora de determinar cuáles fueron los modelos y cuáles las imitaciones.

Para nosotros, por tanto, sólo existe la posibilidad de que estos edificios se hayan levantado en uno de los dos escenarios posibles: el tardoantiguo (siglos VI-VII) o el altomedieval (siglos VIII al X). Habría que desterrar, por otra parte, ideas insostenibles como la de presentar algunos de estos edificios (Tricio y Santa Coloma) como mausoleos romanos luego reconvertidos en iglesias cristianas (Andrés, 1983; Heras y Núñez, 1986). Dicho lo cual, ya que estamos manejando no un único edificio sino varios, los datos emanados de unos y otros pueden cruzarse y contrastarse. Los datos en cuestión son, por un lado, los que se obtienen por el canal informativo de la documentación escrita y, por otro lado, los que está aportando la arqueología.

Hasta el momento, con la información derivada de los textos y de la arqueología, ¿podemos proponer fechas de tipo más o menos absoluto para alguno de estos edificios? A día de hoy tenemos un solo caso seguro, San Román de

Tobillas, por partida doble ya que es posible vincular fechas de calendario histórico con las dos fases altomedievales detectadas en la lectura (Azkarate, 1995). Contamos por un lado con un testimonio de carácter directo bajo la forma de la inscripción del presbítero Vigila (año 939), recuperada de la obra que él mismo promovió y que la arqueología ha definido materialmente (Tobillas II). Luego tenemos el dato indirecto del testamento del abad Avito (año 822), que alguien puede criticar, no es nuestro caso, diciendo que el contenido del documento no tiene por qué relacionarse de forma automática con la iglesia fundacional definida arqueológicamente (Tobillas I). El testamento nos informa que Avito hace donación de propiedades obtenidas durante su vida mediante presuras al monasterio que él mismo fundó (*manibus meis edificaui*); y tenemos identificada de forma segura mediante la arqueología los restos del primer edificio que fue levantado en Tobillas y que da el pistoletazo histórico de salida del establecimiento. Un edificio que también fue excavado y bajo el que no apareció ninguna evidencia de que hubiera existido antes un espacio cultural amortizado. Tobillas I, igual que la Asunción I, son edificios fundacionales en un doble sentido: porque se asocian con los restos más antiguos de unas fábricas que han estado en funcionamiento a lo largo de los siglos y porque no había, en esos enclaves, ningún precedente de establecimientos religiosos. Lo sensato entonces es pensar que Tobillas I es la iglesia fundada por Avito en una fecha anterior a la redacción del testamento (822), ya que se entiende que a esas alturas la institución llevaba tiempo en funcionamiento.

Queremos hacer un inciso en el discurso para referirnos al asunto de la fecha del testamento. De salida, parece que nadie, incluidos nosotros, duda de la verosimilitud histórica de los personajes y las acciones contenidas en el texto a pesar de puntuales cambios y alteraciones producidas en el proceso de transmisión. Precisamente es en esta cadena de migración informativa donde se genera confusión en torno a la fecha de su redacción. En un muy interesante trabajo que Juan José Larrea dedica (2007), entre otras cosas, al testamento de Avito, nos recuerda que el texto ha llegado a nosotros a través de dos versiones distintas aunque coincidentes en el grueso del contenido informativo: una copia del siglo XIII procedente de los fondos de Oña del Archivo Histórico Nacional y otra, de cronología similar, custodiada en Silos. De las dos versiones, la más utilizada por los historiadores ha sido la del AHN, que es la que tiene la fecha de 822. La versión de Silos, que no se puede decir que sea ni mejor ni peor que la otra, está fechada en cambio en 852. Esto quiere decir que

alguno de los dos copistas cometió un error en la transmisión del texto que tenía delante, bien porque la errata ya existía, bien porque es una metedura de pata, bien porque hay voluntad de alterarla. Las posibilidades como vemos son variadas pero siempre nos llevan a callejones sin salida. A favor de que la fecha esté más próxima a 852 tenemos que, entre la lista de testigos y confirmantes, aparecen nombres que también encontramos en documentos fechados a mediados del siglo IX (Larrea, 2007: 326-327). De todas formas, sea cual sea la fecha exacta, nos estamos moviendo en un rango temporal de treinta años que en nada altera la explicación general.

Siguiendo con ésta, lo que tenemos en definitiva es un edificio cultural cristiano construido en la primera mitad del siglo IX. Esta iglesia estaba formada por un ábside cuadrado conectado a un aula rectangular diáfana. Los muros se levantaron usando como material de obra sillería romana reutilizada. El ábside se cubrió con una bóveda sobre pechinas en cuyo casquete se usa la piedra toba. Pero Tobillas no es sólo una arquitectura tipologizable, es también un modelo de implantación en el territorio de un poder que usa en su acción la creación de establecimientos religiosos. Esto es especialmente notorio en la región (Álava, la Rioja, Burgos) desde el siglo IX, dando lugar a un territorio salpicado por centros de poder representados por los monasterios. Estos centros repartidos por la geografía no se encierran en sí mismos sino que se observan constantes interrelaciones entre ellos. Inmuebles, propiedades, derechos de usos pasan de unos monasterios a otros, los abades se desplazan por el territorio: acuden a otros monasterios para rubricar documentos referidos a actos trascendentes, como el testamento de Avito; participan en la celebración de juicios, como Vigila de Tobillas, presente en un pleito en 919 que tiene lugar en Espejo (a pocos kilómetros de Tobillas) y en otro en 940 que tiene que ver con un molino sito en el valle del río Tirón. Tenemos en definitiva un territorio que, a pesar de la fragmentación de poderes, se interconecta de diferentes formas desde el momento que dichos poderes tienen una proyección supralocal. Estamos por tanto ante unas condiciones históricas propicias para pensar en la existencia de una actividad edilicia relevante en diferentes regiones vascas, riojanas y castellanas. Hay una necesidad que genera una demanda: las nuevas fundaciones no se hacen a costa de dar continuidad a edificios heredados de un pasado remoto. Al tiempo que se construyen los edificios se están construyendo o reordenando los territorios y, en este proceso, la demanda de edificios es cubierta por una oferta cuyas soluciones vemos repetirse con más o menos variaciones en diferentes lugares de este microcosmos terri-

torial. Lo interesante, además, es que la demanda y por tanto su satisfacción parece sostenerse en el tiempo como demuestran, documentalmente, las menciones a un rosario de fundaciones a partir del siglo IX y, arqueológicamente, los edificios que han sido analizados estratigráficamente. Tobillas, la Asunción y también Santa María de los Arcos de Tricio (Caballero, Arce y Utrero, 2003: 83) tienen dos fases constructivas altomedievales: una fundacional y otra de reforma no motivada por problemas inherentes a la fábrica original<sup>6</sup>.

Tenemos claro que en este aparentemente febril proceso de erección de iglesias no todos los edificios tenían que ser de las características monumentales de los que, en mejor o peor medida, han llegado reconocibles hasta hoy. Sólo algunas de estas fundaciones, exorbitantes en número a tenor de la documentación, llegan a prosperar y alcanzar posiciones descolantes en una especie de cadena trófica en la que inmuebles, propiedades raíces, derechos de explotación de recursos (las salinas, las pesquerías, los bosques, el uso de molinos, etc.) son presas que se disputan los distintos competidores.

Concluimos este bloque con algunas preguntas que otros deberían responder: ¿el tipo de territorialidad al que parecen asociarse estas iglesias, por lo que conocemos de ellas en los siglos IX y X, podía haber tenido lugar en los siglos VI y VII?; ¿son iguales en la forma y en el fondo los monasterios altomedievales y los tardoantiguos?; ¿qué precipitantes históricos hicieron que en ciertas regiones del reino visigodo y no en otras eclosionaran estos establecimientos religiosos?; ¿quiénes y con qué propósitos impulsaban las fundaciones?

Hasta ahora hemos hablado, sobre todo, de condiciones que propician una actividad monumental sostenida y de promotores que la estimulan. La promoción, junto a la producción y la ideología son factores siempre concurrentes en la creación y consumo de objetos que venimos en llamar artísticos o monumentales. El concepto de estilo quedaría fuera de esta tríada ya que podemos considerarlo una consecuencia de todo lo anterior, no un causante. Refiriéndonos ahora al factor productivo para el caso que nos ocupa queremos enfocar el asunto desde las técnicas y recursos que emplearon los grupos de trabajo y de los que derivaron unas arquitecturas con unas características concretas en aparejos, materiales, elementos singulares (puertas, ventanas), abovedamientos, decoraciones, etc. Lo que se revela como elemento definitorio en el grupo es la

<sup>6</sup> En Tricio la iglesia original contaba con un aula que fue derribada para dotar al templo con el actual cuerpo basilical, más ancho que la parte amortizada.

bóveda sobre pechinas, ya que está presente en todos los casos y siempre está hecha de la misma manera y con los mismos materiales. Hay variabilidad en otros aspectos como la forma de obtener, manipular y aparejar en la obras los materiales de construcción, aunque se puede hablar de un predominio del uso de sillaría reutilizada (romana) sin que falten ejemplos en mampostería como la Asunción II y Barriosuso. Las plantas de los edificios tampoco son siempre idénticas pero, de nuevo, hemos de señalar una tendencia representada por una planta sencilla compuesta por un ábside cuadrado abierto a un aula sin división basilical.

Sería sin duda muy importante que en el futuro se hiciera el estudio del conjunto de estas iglesias desde los postulados conceptuales y metodológicos planteados en el ejemplar trabajo de Leandro Sánchez Zufiaurre (2007) sobre la arquitectura prerrománica en la provincia de Álava. Estudios de este tipo son los que pueden permitir confeccionar cronotipos sobre distintos aspectos de la producción arquitectónica así como su dispersión geográfica y su vigencia en el tiempo<sup>7</sup>.

¿Se puede asumir que estos edificios se hubieran realizado en el otro escenario productivo posible, el de época visigoda? En este punto nos remitimos a la lectura del libro de María Ángeles Utrero, donde la cúpula sobre pechinas y los edificios que las ostentan tiene sus propios capítulos de análisis (2006: 99-101; 164-169) y discusión (2006: 169-170; 234-236). Que cada cual llegue a sus propias conclusiones tras la provechosa lectura, ya que la autora habla tanto de las certezas como las incertidumbres en torno a las cuales se han ido construyendo los diferentes discursos históricos: romanismo versus orientalismo en aspectos generales; y visigotismo versus mozarabismo en el caso de las pechinas españolas. Lleguemos a la conclusión que lleguemos se ha dado un paso importante en la confección de un nuevo marco de análisis en el que la arquitectura debe ser estudiada de forma sistémica y no como una concatenación de objetos aislados. Edificios que empezaban y terminaban en sí mismos pueden y deben conectarse con otros ejemplos en los que, se descubre, hay elementos comunes. Quintanilla, una iglesia de largo y

abultado recorrido historiográfico, sería un buen ejemplo. Tiene que dejar de ser un edificio solitario y entablar conversación con otros inmuebles que nos remiten a un similar horizonte tecnológico y productivo. Lo que obtenemos de unos y otros aportará conocimiento para todos. En comprensiones de este tipo no hay establecida, a priori, ninguna jerarquía respecto a la importancia o representatividad de un objeto frente a otro, por lo que Quintanilla, ya que hablamos de ella, debe desprenderse de la tradicional vitola de modelo arquitectónico y decorativo visigodo. Quintanilla no cuenta con ningún argumento para defender su visigotismo, ni su postvisigotismo, en unas condiciones equiparables a las que permiten decir que Tobillas I es del IX y Tobillas II circa 939. Las adscripciones cronológicas de Quintanilla se basan única y exclusivamente en cuestiones de estilo y por tanto no puede asistir a la reunión con ninguna partida de nacimiento por delante y, mucho menos, usarla para deducir el natalicio de otras iglesias que se encuentran en la misma situación de indefinición cronológica<sup>8</sup>.

Expuesto el marco interpretativo en el que, en nuestra opinión, se debe enmarcar la comprensión histórica y material de este grupo de iglesias, veamos qué sucede en el caso concreto de la Asunción. En la Asunción I estamos ante un gesto fundacional equiparable a lo que pudo hacer Avito en Tobillas. El fundador, sea un laico o un religioso y se llame como se llame, pone en marcha algo más que un centro de culto perdido en el paisaje. Tras estas iglesias, como deducimos de la información documental, asoman grupos de poder cuya acción rebasa de largo los límites de sus muros. Cuando se están construyendo estas iglesias, también se están construyendo territorios (Larrea, 2007). Tenemos bastantes certezas de que la construcción de iglesias y territorios en el marco geográfico en el que nos movemos se manifiesta desde inicios del siglo IX. La Asunción I, por tanto, debe pertenecer a esa centuria (por paralelismos tipológicos e históricos) sin que podamos afinar más mientras no se fortalezca la base empírica con estudios pormenorizados de todos y cada uno de los miembros de la familia arquitectónica.

<sup>7</sup> El propio Sánchez Zufiaurre ha dado un primer paso en este sentido (Sánchez Zufiaurre, 2009) al plantear su sistema de análisis para iglesias prerrománicas fuera del ámbito alavés. Usando las variables aplicadas en los edificios de Álava a un conjunto de edificios castellanos y riojanos ofrece una tabla ordenada en tres grupos en función de las características técnicas. No busca este trabajo entrar a discutir en las cronologías sino simular una situación de *tabula rasa* historiográfica (Sánchez Zufiaurre, 2009: 335) que evite apriorismos y venga a validar los criterios desarrollados en territorio alavés como forma de avanzar en el conocimiento de la arquitectura prerrománica.

<sup>8</sup> Ni arqueológica ni documentalmente se pueden aportar datos o informaciones que permitan defender a ultranza una fecha más o menos concreta (visigoda o postvisigoda) relativa a la fundación de la iglesia. Desde el estudio estilístico es cierto que se puede aportar material para la discusión, como hace María Cruz Villalón (2004) en un interesante artículo sobre la filiación artística de la escultura, pero no es capaz de romper el círculo vicioso. Insistimos por ello en la posibilidad de avanzar en la solución del problema de definición cronológica a partir de métodos basados en la arqueología, lo que no significa que la Historia del Arte quede invalidada o en fuera de juego, aunque sí debería renovarse (Arce, 2009).



Las cosas no debieron ir mal para la fundación burgalesa ya que, pasado algún tiempo, el que fue el edificio matriz experimentó una importante reforma marcada por el optimismo. La fábrica digamos que gana en musculatura haciéndose más grande y llamativa. Tampoco sabemos quién fue el Vigila que impulsó el engrandecimiento de la iglesia ni qué fue lo que propició el aumento de las ganancias permitiendo invertir en aparato y ostentación. Pensamos que la Asunción II no debió estar muy alejada en el tiempo del primer edificio por el hecho de que se vuelva a emplear la bóveda sobre pechinas, el elemento clave de adscripción al grupo. Si en la Asunción II se hace una bóveda sobre pechinas, es porque éstas eran un recurso vigente en la práctica arquitectónica y que no era ésa la primera que se estaba levantando en Castilla. La Asunción I, en nuestra opinión, contaba con una bóveda sobre pechinas por lo que deducimos que este elemento ya venía siendo usado antes de la Asunción II. Esto hace que su cúpula se coloque hacia el final de la cadena productiva, aunque no debemos olvidar que todavía no se puede ser categórico mientras no se obtengan e interpreten más datos. ¿Cuándo se dejan de hacer estas cúpulas? Nuestra hipótesis es que a lo largo del siglo X, pero sin poder precisar. En Tobillas, entre la obra de Avito y la de Vigila transcurrió en torno a un siglo, lo cual no significa que ese dato sea extrapolable a la Asunción. Por otro lado, Tobillas II no tiene vinculado ningún abovedamiento conocido por lo que ignoramos si a la altura del 939 se hacían o no cúpulas sobre pechinas.

La cúpula de la Asunción II se integra en el conjunto de una importante obra a base de mampostería que, en su mera contemplación, nos remite a estampas edilicias similares en otros contextos geográficos y productivos, en concreto la Asturias del siglo IX. Desde un punto de vista continuista habría una cierta «lógica» histórica y artística. El edificio de sillería, visigodo, vuelve a la vida en el proceso repoblador puesto en marcha por los monarcas astures (sobre todo Alfonso III). Con ese motivo se hacen reformas que delatan la procedencia de los recursos productivos empleados. ¿Es posible que alguna vinculación con lo «asturiano», un ciclo productivo supuestamente bien definido, pudiera arrojar alguna luz sobre la Asunción II? Tras estudiar el asunto creemos que no hay ningún vínculo de gran relevancia en lo arquitectónico que pueda relacionar Asturias con la Asunción más allá del aspecto conferido por usar mampuestos de lajas. El contacto no puede sostenerse única y exclusivamente en el aparejo de los muros. Si junto a estos viéramos también, por ejemplo, contrafuertes exteriores, bóvedas de medio punto o un

repertorio decorativo paralelizable con los talleres asturianos la cosa cambiaría. La cúpula que se hace es, de nuevo, la más castiza de la región y de la que, por cierto, no se tiene noticia en la edilicia astur. Arrinconada la conexión asturiana, la irrupción de la albañilería respecto al edificio de cantería anterior tiene que estar en relación con el entorno productivo inmediato sin necesidad de recurrir a explicaciones exógenas. ¿Desaparecen en algún momento los edificios de sillería y comienzan a aparecer los de mampostería? Es posible pero no tiene por qué ser necesariamente así. En el trabajo de Sánchez Zufiaurre, por ejemplo, se demuestra la convivencia sincrónica de formas distintas de hacer edificios en el territorio alavés. Véase la tabla cronotipológica que presenta, donde se observan tramos de sincronía entre los diferentes grupos a lo largo de sus recorridos históricos particulares (Sánchez Zufiaurre, 2007: 271-72 y 324, fig. 203)

Para la datación de la Asunción II sería interesante que la epigrafía descubierta y documentada en las ventanas altas recibiera un estudio paleográfico. Estamos de acuerdo con Pérez y Rodríguez (2003) en que los grafitos sólo pudieron realizarse durante el proceso constructivo, lo que certificaría coetaneidad entre la arquitectura y los grabados espontáneos. En cuanto al elemento decorativo, los capiteles, deben salir del marco comparativo que en su momento se propuso (mundo aquitano) para pasar a entenderse material y cronológicamente en un contexto productivo bastante más próximo como parece desprenderse del hallazgo del capitel de San Felices de Oca. El paralelismo decorativo detectado entre la Asunción y Oca abre una vía de análisis a la hora de relacionarlas cronológicamente. Todo ello desde la mayor de las cautelas mientras no se someta a San Felices a un estudio equiparable al actual sobre la Asunción. El capitel de San Felices ¿pudo pertenecer a la fase fundacional de la iglesia o a una intervención posterior como ocurre en la Asunción?

Queremos terminar haciendo una reflexión relativa al asunto de la convivencia de maneras distintas de construir. Tomando como referencia el escenario emanado del trabajo de Sánchez Zufiaurre pero llevándolo a un plano suprarregional, la producción de estas iglesias castellanas, vascas, y riojanas corre en paralelo a la producción de iglesias en la Asturias del siglo IX, con las que pueden tener más o menos vinculaciones pero que pertenecen, unas y otras, a escenarios productivos con su propia personalidad. La más importante vinculación no es tanto técnica o estética como histórica. Se trata de la cristalización de poderes en el norte peninsular que están dando respuestas monumentales con la promoción de edificios religiosos.

Esto nos obliga a revisar modelos reduccionistas fraguados principalmente por la Historia del Arte según los cuales Asturias era el único solar en el siglo IX en el que se hacían edificios monumentales y que estos, además, se debían casi en exclusiva a la iniciativa de un solo poder regional, la monarquía. El conjunto de las iglesias objeto de este trabajo demuestran que estamos ante manifestaciones monumentales corriendo en paralelo a las de otros lugares. Tobillas I podría estar siendo erigida al mismo tiempo que San Julián de los Prados o Santa María del Naranco, dependiendo de dónde acerquemos la fecha del testamento. El recurso habitual de la sillería en estos edificios, unido a la cúpula sobre pechinas y el tipo de plantas que presentan, son elementos que confieren una personalidad propia al compararlos con sus equivalentes asturianos (mampostería y ladrillo en muros y arcos, bóvedas de cañón, plantas en las que son habituales las cabeceras triples y los cuerpos basilicales divididos por arquerías). Esto nos coloca ante la posibilidad de cambiar de perspectiva y aceptar un panorama en el que están activos varios ciclos productivos al mismo tiempo y cuyos resultados dependerán de la puesta en marcha de diferentes recursos y estrategias. La cuestión entonces es saber qué hay de parecido y de diferente entre los contextos productivos y cuáles pudieron ser las bases formativas que dieron lugar a las distintas respuestas técnicas y estéticas. Preguntarnos si se dieron, entre ellos, interacciones con trasvases de experiencias. Valorar cuánto hay de tradición o de innovación respecto al marco productivo anterior, el tardoantiguo, asunto este último que en gran medida es el causante del actual debate historiográfico. En este camino que está abriéndose hay que sacar de la mochila la conceptualización de base estilística ya que se demuestra incapaz para comprender un proceso como este, en el que se tendría que hablar de convivencia de estilos. ¿Cómo asumir, desde la ortodoxia estilística, que en un mismo tiempo pero en diferentes lugares se estén haciendo edificios «visigodos», asturianos y mozárabes? Proponemos, de nuevo, abordar el estudio de los objetos artísticos y monumentales a partir de elementos o categorías en apariencia simples pero que siempre terminan apareciendo sea cual sea la pregunta que nos hagamos sobre este tipo de productos: el patrocinio, la producción y la ideología. Da lo mismo que hablemos de una iglesia del siglo IX o XIX, una mezquita o el Partenón de Atenas.

## Bibliografía

- Andrés Valero, S., 1983: «Excavaciones en Santa María de los Arcos, Tricio (La Rioja)», *Cuadernos de Investigación Histórica*, 9, pp. 113-126.
- Aparicio Bastardo, J. A., 1995: «La iglesia de Santa María (San Vicente del Valle). Una construcción visigoda», *Revista de Arqueología*, 174, pp.56-59.
- Aparicio Bastardo, J. A. y de la Fuente, A., 1996: «Estudio arqueológico e intervención arquitectónica en la iglesia de la Asunción de San Vicente del Valle (Burgos)», *Numantia*, 6, pp. 153-171.
- Aparicio Bastardo, J. A., 2000: «Los capiteles prerrománicos de la iglesia de la Asunción. San Vicente del Valle (Burgos)», *Revista de Arqueología*, 235, pp. 50-55.
- Arce Sainz, F., 2009: «Historia del Arte, Arqueología de la Arquitectura y el telescopio de Galileo», *Arqueología de la Arquitectura*, 6, pp. 21-29.
- Azkarate Garai-Olaun, A., 1995: «Aportaciones al debate sobre la arquitectura prerrománica peninsular: la iglesia de San Román de Tobillas (Álava)», *Archivo Español de Arqueología*, 68, pp. 189-214.
- Caballero, L., González-Moro, P. y Matesanz, P., 1994: «La iglesia prerrománica de San Pedro el Viejo (Hortigüela, Burgos)», *Numantia*, 5, pp. 139-165.
- Caballero Zoreda, L., 1994-95: «Un canal de transmisión de lo clásico en la Alta Edad Media española. Arquitectura y Escultura de influjo omeya entre mediados del siglo VIII e inicios del X», *Al-Qantara*, XV/2, pp.321-348 y XVI/1, pp. 107-124.
- Caballero Zoreda, L., 2001: «Aportación a la arquitectura altomedieval española. Definición de un grupo de iglesias castellanas, riojanas y vascas»; en *V Congreso de Arqueología Medieval Española*, vol. I, 221-233.
- Caballero, L. y Arce, F., 1997: «La iglesia de San Pedro de la Nave (Zamora). Arqueología y arquitectura», *Archivo Español de Arqueología*, 70, pp. 221-274.
- Caballero, L. y Feijoo, S., 1998: «La iglesia altomedieval de San Juan Bautista de Baños de Cerrato (Palencia)», *Archivo Español de Arqueología*, 71, pp. 181-242.
- Caballero, L., Arce, F. y Utrero, M. A., 2003: «Santa María de los Arcos de Tricio (La Rioja), Santa Coloma (La Rioja) y La Asunción de San Vicente del Valle (Burgos). Tres miembros de una familia arquitectónica», *Arqueología de la Arquitectura*, 2, pp. 81-85.
- Cabanot, J., 1990: «Chapiteaux de marbre antérieurs à l'époque romane en France. Pour une nouvelle orientation des recherches», en *Coloquio Internacional de capiteles corintios prerrománicos e islámicos (ss. VI-XII d. C.)*, Madrid, pp. 71-86.
- Cabanot, J., 1993: «Constitution d'une banque de données sur les chapiteaux corinthiens et dérivés du corinthien: méthodes et perspectives», en *L'achante dans la sculpture de l'Antiquité à la Renaissance*, Paris, pp. 9-25.
- Cruz Villalón, M<sup>a</sup>., 2004: «Quintanilla de las Viñas en el contexto del arte altomedieval. Una revisión de su escultura», *Sacralidad y Arqueología, Antigüedad y Cristianismo*, XXI, pp.101-135.
- Février, P. A., 1991: «Le décor de l'architecture. Le décor sculpté», en *Naissance des Arts Chrétiens. Atlas des monuments paléochrétiens de la France*, Paris, pp. 220-232.
- Gómez-Moreno, M., 1966: «Primicias de arte cristiano español», *Archivo Español de Arte*, XXXIX, pp. 101-139.
- Heras y Núñez, M<sup>a</sup>. A., 1986: *Estructuras arquitectónicas riojanas. Siglos X al XIII*, Logroño.
- Hubert, J., 1968: «L'architettura e la decorazione scolpita», en *L'Europa delle invasioni barbariche*, Milano, pp. 102-154.
- Huidobro y Serna, L., 1927-28: «Santa María de las Viñas en Quintanilla de Lara», *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Burgos*, VI-VII, pp. 238-242 y 266-268.
- Huidobro y Serna, L., 1930-33: «Iglesia de Santa María en San Vicente del Valle», *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Burgos*, III, 40, pp. 359-365.
- Larrea, J. J., 2007: «Construir iglesias, construir territorio: las dos fases altomedievales de San Román de Tobillas (Álava)», en *Monasteria et territoria. Élités, edificación y territorio en el Mediterráneo medieval (siglos V-XI)*, BAR International Series S1720, Oxford, pp. 321-336.
- Orueta, R. de, 1928: «La ermita de Quintanilla de las Viñas, en el campo de la antigua Lara. Estudio de su escultura», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 12, pp. 169-178.
- Orueta, R. de, 1929: «Informe académico acerca de Santa María de las Viñas», *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Burgos*, VIII, 44, pp. 359-365.

- Osaba y Ruiz de Erenchun, B., 1951: «Museo Arqueológico de Burgos (Adquisiciones)», *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, XI, pp. 160-162.
- Pérez Rodríguez-Aragón, F. y Rodríguez Rodríguez, A., 2003: «Los grafitos y capiteles de los ajimeces de San Vicente del Valle y el posible carácter altomedieval de la «segunda fase» de la iglesia de la Asunción», *Codex Aquilarensis*, 19, pp. 29-44.
- Sánchez Zufiaurre, L., 2007: *Técnicas constructivas medievales. Nuevos documentos arqueológicos para el estudio de la Alta Edad Media en Álava*, Vitoria-Gasteiz.
- Sánchez Zufiaurre, L., 2009: «Metodología. Las iglesias de Álava de los siglos IX-XI y las consideradas iglesias del siglo VII», en *El siglo VII frente al siglo VII: arquitectura* (Caballero, L., Mateos, P. y Utrero, M.ª Á., eds.), Anejos de AEspA, LI, pp. 231-239.
- Utrero Agudo, M.ª Á., 2006: *Iglesias tardoantiguas y altomedievales en la Península Ibérica. Análisis arqueológico y sistemas de abovedamiento*, Anejos de AEspA, XL, Madrid.

Recibido: 11 de junio de 2010  
Aceptado: 14 de septiembre de 2010